3 1761 09545041 7

LA MALA LEY

LS
L7356m

MANUEL LINARES RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA MALA LEY

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LARA
EL 21 DE FEBRERO DE 1923

185867.
4.12.23.

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4. MADRID

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.
(Copyright, by Manuel Linares Rivas, 1923.)

ucesores de Rivadeneyra (S. A.)—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

A D. Santos Moreno con la cordial amistad de
Manuel Linares Rivas

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Cristina de la Hermida (30 años).	Sra. Luisa Rodrigo.
Teodora (35 años).....	Srta. Concha Catalá.
Micaela (40 años).....	» Leocadia Alba.
Isabelina (30 años).....	» Raquel Martínez.
Eugenia (35 años).....	Sra. Eugenia Illescas.
Lorenzo de la Hermida (54 años).	Sr. Ricardo Simó Raso.
Dionisio Montes (35 años).....	» Luis Peña.
Hilario Gómez Iglesias (56 años).	» José Isbert.
Saturio (40 años).....	» Gonzalo de Córdoba.
Ignacio (33 años).....	» Pedro López Lagar.
Alberto (40 años).....	» Juan Benítez.
Ambrosio (45 años).....	» Antonio Pérez Indarte.

Epoca actual.—La acción, por tierras de Ponferrada, hacia la raya de Galicia.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Una sala, con muebles antiguos, castellanos, en la casa-palacio de los SEÑORES DE LA HERMIDA. Una gran ventana abierta. Es de día, por la tarde y en junio.

ESCENA PRIMERA

SATURIO, de pie, aguarda; por izquierda, MICAELA.

MICAELA.—Ahora se te aparecerá el amo, Saturio.

SATURIO.—Muy bien.

MICAELA.—¿Vendrás de petitorio?

SATURIO.—Lo natural, Micaela. *Too* el mundo pide.

MICAELA.—Alguno dará.

SATURIO.—¡Claro! ¡Pero ése pide a otro, que nunca faltan cosas que uno no tenga y al de más allá le sobren!

MICAELA.—Mucho sabes.

SATURIO.—Los hay más *negaos*...; pero uno ya tiene su *experiencia* y su aquel de la vida, aunque

no sea sino por los años, que van a los dos duros en octubre.

MICAELA.—Nadie lo diría, de *remozao* que estás.

SATURIO.—La honradez, que trae *salú,* y el haber *quedao* viudo, que también alivia lo suyo.

MICAELA.—¡Anda de ahí, *descastao,* que no te merecías la mujer que tuviste!

SATURIO.—Eso es verdad. Ningún hombre se merece que le den una mujer..., y menos aún, por tanto tiempo como a mí.

MICAELA.—Y entonces, ¿cómo había de pasar? Las queríais *emprestadas,* ¿eh?

SATURIO.—Si fuera costumbre, ya nos apañaríamos también de ese modo.

MICAELA.—Bueno, bueno. Voime al aviso de don Hilario para hacerle entrar, que cuando vino de primeras estaba el amo en siesta.

SATURIO.—Por ése no corras, que le barrunto yo mal viento.

MICAELA.—¿Y de qué?

SATURIO.—De una *observancia* que le hice al topármelo ahora en los corralillos. Un personaje como es un administrador..., y al decirle yo "buenas tardes, don Hilario...", me contestó: "Buenas tardes, Saturio...", ¡¡con nombre y con sombrerada!!

MICAELA.—Pues el amo bien amable es con todos.

SATURIO.—¡Pero no vas a comparar, mujer,

que el amo no es tanto como el administrador! Y si éste se pone fino con los de abajo es que a él se le pusieron ásperos los de arriba.

MICAELA.—*Pué ser;* pero buen *cuidao* le dará a estas horas.

SATURIO.—Ya se comió lo suyo, ya; pero quizás le quede hambre todavía, que esto de los dineros es muy apetecedor para repetido.

MICAELA.—¡¡Que si lo es!! En fin, voime al recado.

(Mutis foro.)

ESCENA II

SATURIO; por izquierda, LORENZO.

LORENZO.—Hola, Saturio.

SATURIO.—Hola, señor amo. Vengo sobre lo de las mulas.

LORENZO.—Pues cállatelo. Mulas, vacas, borregos, gallinas... Todo eso es de la competencia de doña Teodora. A ella con el cuento.

SATURIO.—Se irá. Y también traigo un *mandao* del señor cura, para ver si le dejan este domingo una casulla encarnada, que la necesita porque...

LORENZO.—Cállatelo también. Capilla, casa y administración general, todo eso es del reino de Cristina.

SATURIO.—¿Y a la señorita con el cuento del cura?

LORENZO.—A ella..., si no es verde.

SATURIO.—No, es encarnada.

LORENZO.—Pues a ella, que aquí respetamos escrupulosamente los asuntos de que cada cual se ha encargado para mejor orden de la casa.

SATURIO. Bien está lo del respeto; pero diga, señor amo, si es que no falto con la curiosidad... ¿A usted de qué se le *pué* hablar?

LORENZO.—De todo lo demás.

SATURIO.—¿Del carrascal, pongo por caso?

LORENZO.—Del carrascal. En las encinas mando yo.

SATURIO.—Pues mire usted... Todos los años nos dejaban llevar la carga que pudiera una caballería, para ayuda en el invierno de las hogazas... Diga, ¿hogaño se lleva?

LORENZO.—Sí y no. La leña viene toda para casa, y el que necesite un brazado, y dos también, lo pide, y se le concede muy a gusto; pero que cada cual la coja a su capricho, no, que de eso ya estoy escarmentado.

SATURIO.—Claro que abusan...

LORENZO.—Claro ¿por qué?

SATURIO.—Porque ustedes no venían aquí nunca; y el que deja a otro sus haciendas es para que el otro se aproveche.

LORENZO.—Ahora lo aprovechamos nosotros.

SATURIO.—Lo que debe ser. ¡Ya decía yo que

no marraba el saludo de don Hilario! Le anda el miedo por el cuerpo más que a un torero.

LORENZO.—El sabrá lo suyo..., y yo, lo mío.

SATURIO.—Así es como marchan las cosas a su temple. Más campechano y más rumboso que el vecino de ustedes, el de *La Esperancilla,* no lo hay ni *dibujao;* pero los negocios también los dibuja. Y una vez que le bajaron dos mil pesetas en el envío—porque gastaron en esto o en lo otro...; camamas, que nunca faltan para los amos ausentes—, pues le puso una cartita diciendo *na* más: "Amigo Baltasar: contésteme a vuelta de correo si me giró ya las dos mil pesetas o si nombro yo otro administrador..."

LORENZO.—¿Nada más?

SATURIO.—Y le entendieron como si hubiera escrito un libro. ¡A vuelta de correo, los ochavos!

LORENZO.—El de *La Esperancilla* es el señor Montes.

SATURIO.—Ese. Don *Donisio* Montes.

LORENZO.—¿Y qué tal persona es?

SATURIO.—Un bárbaro. Con decirle a usted que sólo por aquí, en tierras de Ponferrada, le cuentan más de un millón de pesetas...

LORENZO *(Sonriendo.)*—Sí que es bárbaro.

SATURIO.—Como todos los ricachos. Y además, un caprichoso... Sus propiedades las tiene declaradas por el justo valor, y paga la contribución cabal que le corresponde.

LORENZO.—Bueno, ¿y qué?

SATURIO.—¿Cómo y qué? ¿Usted no encuentra caprichoso que pague cabal?

LORENZO.—Sí, sí, mucho.

SATURIO.—Pues con un candil no tropieza usted dos grandes propietarios que lo hagan. Por lo demás, buena persona, y simpatías.

LORENZO.—Es simpático, sí. Como vecinos, le tratamos algo.

SATURIO.—Porque doña Cristina no querrá más.

LORENZO.—Ni él tampoco.

SATURIO.—Eso habría que medirlo. El verano pasado se fué de aquí más tarde que ningún verano, y éste ha vuelto más pronto que nunca.

LORENZO.—Una coincidencia.

SATURIO.—Eso será... Pero aquí, por aldeas y caseríos, en cuanto y que se da una *coincidencia* de hombre y mujer, ya está el cura frotándose las manos.

LORENZO.—Pues que no se las frote aún. Y del resto, ya lo sabes: pedid..., y se proveerá.

SATURIO.—Comprendido, señor amo. Y a lo que usted mande.

(Mutis foro.)

LORENZO.—Anda con Dios, Saturio.

(Va a la mesa y coge unos papelotes.)

ESCENA III

LORENZO; HILARIO, por foro.

HILARIO.—¿Se puede, señor de la Hermida?

LORENZO.—Adelante, don Hilario. Siéntese.

HILARIO.—¿Examinó usted la documentación?

LORENZO.—Anoche, y sin perdonar ni una línea, que Cristina se empeñó en que lo leyera todo, como si a mí no me bastara con que ella se enterase.

HILARIO.—Bien hizo, que al fin es usted el padre y el dueño.

LORENZO.—El padre, sí; el dueño..., no, que ella hace y deshace con absoluta libertad.

HILARIO.—Porque usted lo consiente.

LORENZO.—Y porque lo merece.

HILARIO.—Las dos cosas. Pero convengamos en que es algo tirana para los asuntos.

LORENZO.—Y en que tenía razón para impacientarse, que hemos pasado dos años en formalizar cuentas, don Hilario...

HILARIO.—Por la titulación...

LORENZO.—Por eso, indudablemente... ¡Pero dos años largos!

HILARIO.—Ya terminaron, gracias a Dios. ¿Están conformes?

LORENZO.—Conformes.

HILARIO.—Además, traigo el documento que me pidió la señorita como liquidación definitiva. Ahí verá usted que les quedan libres todas las tierras, excepto el *Caserío de la Junquera,* que se vendió con pacto de retro por sesenta mil pesetas, y que vence a fines de mayo venidero.

LORENZO.—Menos eso... y menos el otro labradío, el de *Las Arganzuelas,* que voló para siempre.

HILARIO.—No se pagó a su tiempo el capital..., y, naturalmente, se quedaron con la finca.

LORENZO.—Por la cuarta parte de su valor... ¡Una pena!

HILARIO.—Grandísima. Y aunque sea meterme donde no me llaman, perdone usted que se lo diga, don Lorenzo: ¡fué una locura el tomar ese dinero sobre la otra finca!

LORENZO.—Era irremediable.

HILARIO.—¡No, señor! Cuando hay de sobra, bueno va que el padre haga que no se entera de los gastos, pero cuando no le llega para cubrir sus obligaciones, el arruinarse pagando las malas trampas de un hijo vicioso es una solemnísima locura.

LORENZO.—¡Don Hilario!

HILARIO.—Dispénseme...

LORENZO.—Tiene usted razón...; pero me duele oírlo.

HILARIO.—Y ya ve usted las consecuencias. Toda la vida trabajando para que los hijos disfruta-

ran de comodidades, y al final, el hijo, en quien usted ponía sus esperanzas, le sale díscolo y malgastador; una hija se le casa de cualquier modo y con un cualquiera, que se la llevó depositada... Y usted mismo tiene que venir con la otra hija a encerrarse en una aldea todo el año.

LORENZO.—Es verdad...

HILARIO.—Y aun para vivir en sus propias fincas, en las de usted—que la pobre doña Eugenia no aportó nada al matrimonio—; aun para eso, tiene usted que pagarle a los hijos, a los de allá, a los malos y a los desagradecidos, una renta proporcionada al capital de los gananciales.

LORENZO.—Es verdad...

HILARIO.—Y cuando ustedes, doña Cristina y usted, mejoren y saneen estas fincas con su trabajo, únicamente con su trabajo de ustedes, vendrán ellos reclamando que se les aumente la renta en proporción al nuevo valor.

LORENZO.—No me sorprendería...

HILARIO.—Y con derecho, perfectísimo. Esa es la ley, la injusticia de la ley.

LORENZO.—Y la injusticia de los hijos.

HILARIO.—También.

LORENZO.—Mucho he sufrido por causa de ellos...; pero, en cambio, Cristina me compensa de todo. Leal, inteligente, honrada... ¡Y si viera usted lo cariñosa que es conmigo! No cuando le paso voluntades y caprichos, que así lo es cualquiera, sino cuando tengo mis destemplanzas y

mis rarezas; que ahí es donde se prueba el amor de los hijos.

HILARIO.—Ha de ser un gran contento para usted...

LORENZO.—Enorme... ¡Enorme! Y no hay elogios bastantes para su conducta. Hacerse cargo de que no había más salvación para nosotros que la de recluírnos aquí una larguísima temporada, y obligarme ella..., ¿comprende usted? Obligarme ella a que viniéramos. Hacerlo es muy juicioso por su propio interés, pero hacerlo risueña y alegre, como si dejando sus lujos y sus diversiones de Madrid no hubiera renunciado a nada..., ¡es divino, señor mío, divino!

HILARIO.—Es mérito, sí señor.

LORENZO.—¿Mérito? Oiga, oiga. En los tres años..., la casa retejada, repintada y con los pisos nuevos..., ¡¡sin costar ni una peseta de mano de obra!! Se las arregló con los colonos que debían pequeños atrasos incobrables para que vinieran a trabajar cuando no tenían otro trabajo... Ellos, muy a gusto, por no desembolsar dinero y por asegurarse los arrendamientos futuros, y nosotros, encantados, por cobrar de algún modo.

HILARIO.—¡Ya lo creo que es lista!

LORENZO.—Y por el mismo procedimiento financiero levantó un establo, inmenso y limpio, donde da gozo entrar a ver el ganado... Y ha reconstruído la capilla, que ahora está firme en los muros y tan reluciente siempre en los altares, que hasta

las mismas imágenes parece que tienen expresión de complacidas. Y así, desde que se puso Cristina al frente de mi hacienda, los santos, los hombres y las bestias están agradecidos y contentos.

HILARIO.—Mucho la quiere usted...

LORENZO.—Mucho. Y ahí tiene usted otra injusticia de la vida. Esta criatura, tan merecedora de suerte, no la encontró.

HILARIO.—¿El noviazgo?

LORENZO.—El noviazgo. ¡Con tanto hombre de bien como hay por el mundo, ir a tropezar con un canallita que la dejó plantada ocho días antes de la boda...!

HILARIO.—Mal paso fué...

LORENZO.—¡Malo! La pobre se consumía y se desesperaba...; pero cuando supo que no la despreciaron por desafecto ni por amor a otra, sino por dinero, por poco dinero en su dote, se le secaron las lágrimas de pronto, y ya, al hablar de eso, no llora; le dan náuseas nada más.

HILARIO.—Lo habrá olvidado, que van cinco años.

LORENZO.—Puede ser...; pero ella, que es tan mansa y tan dulce siempre, al tratar de intereses se descompone y se destempla inmediatamente, como si estuviera grabada su propia historia en cada billete de Banco, y al discutirse cifras le discutieran otra vez su nombre, su amor y su felicidad.

HILARIO.—¡Así me revisó las cuentas...!

LORENZO.—Así. Perdiendo se aprende... Y un revés de la suerte, un mal golpe de la vida, cambió a esta chiquilla, frívola como todas, en una mujer resuelta como pocas.

HILARIO.—Más vale.

LORENZO.—Más vale.

HILARIO.—¿Firmamos esos papelitos?

LORENZO.—Ahora mismo.

ESCENA IV

DICHOS. CRISTINA, por derecha.

CRISTINA *(Con un traje muy sencillo, los brazos remangados hasta el codo y llenos de masa, así como la cara y el delantal.)*—Buenas, don Hilario.

HILARIO.—Felices, señorita.

LORENZO.—¿De dónde sales?

CRISTINA.—De amasar. Pero aquí me parece que hay un cacho limpio. Anda, besa.

LORENZO.—¿Por qué no mandas esas labores a las muchachas?

CRISTINA.—No bastaba el mandarlo, porque realmente no era la masa lo que había que batir, sino la voluntad.

HILARIO.—Pero viene usted llena de manchones hasta en la cara.

CRISTINA.—¿Y qué? ¿La harina no es buena?

HILARIO.—Sí...

CRISTINA.—¿Y mi cara no es buena?

HILARIO.—¡Ya lo creo!

CRISTINA.—Pues entonces no le choque a usted el ver juntas dos cosas buenas. ¡Y a otro asunto, don Hilario!

LORENZO.—Al de lavarte.

CRISTINA.—Inmediatamente. *(Marcha hacia izquierda.)*

HILARIO.—Con su licencia, yo me despido.

LORENZO.—No falta más que la materialidad de la firma.

CRISTINA.—¿La firma ya? Pues no me lavo todavía.

LORENZO.—Estamos conformes.

CRISTINA.—Mejor...; pero yo he de verlo, papaíto. No me pasé dos inviernos estudiando papelotes y haciendo números para dejarlo ir ahora sin una mirada. Y si mancho, ustedes perdonarán.

LORENZO.—No hay inconveniente.

HILARIO.—¡Y qué números los de esta señorita! ¡Qué matemáticas tan secillas y tan abrumadoras! Nada de sumas ni de multiplicaciones... ¡Restas, nada más que restas! Cifras redondas... ¡y a rebajar del total!

CRISTINA *(Sin dejar de leer.)*—Naturalmente.

HILARIO.—A cada cuenta que tuve el honor de someterle, se precipitaba esta señorita con un lápiz...—¡con un lápiz no, con un hacha!—¡y vengan hachazos sobre mis infelices cuentas!

CRISTINA.—Naturalmente.

HILARIO.—Y siempre con la misma canción: "De esto hay que rebajar... y de esto... y de esto..." ¡De todo! Y hasta una vez que me molestó tanta suspicacia y le dije indignadísimo "¡Señorita, que yo soy un hombre honrado!...", aun me replicó: "¡Y de eso también hay que rebajar!"

CRISTINA.—Naturalmente.

HILARIO.—¿Ve usted?...

LORENZO.—Es por hacerle rabiar.

CRISTINA *(Devolviendo el documento.)*—Muy bien. Firme.

HILARIO *(Firmando.)*—Hilario Gómez Iglesias.

CRISTINA *(Impidiendo que se levante.)*—Y hágame el favor de poner debajo: "Con la presente liquidación quedan zanjadas todas las cuentas sin que tenga nada que reclamar por ningún concepto..."

HILARIO.—...concepto.

CRISTINA *(Deteniéndole.)*—Y otra firmita.

HILARIO *(Con un movimiento de impaciencia.)* ¿Otra?

CRISTINA.—Si no le molesta...

HILARIO.—¡Caramba! Cómo me puse de tinta..

CRISTINA.—No se apure. Es cuestión de piedra pómez. Firme, don Hilario.

HILARIO.—Bueno...

LORENZO.—¿Qué opina usted de una copita de buen tostado del Rivero?

HILARIO.—Entre horas no bebo.

LORENZO.—¿Y de un buen tabaco?

HILARIO.—Eso siempre.

(Mutis Lorenzo por izquierda.)

ESCENA V

DICHOS, menos LORENZO.

CRISTINA.—Muchas gracias... y espero que le veamos a menudo por aquí.

HILARIO.—Vendré como habitualmente para los recibos.

CRISTINA.—Para eso no; yo los extenderé.

HILARIO.—Entonces para ir a cobrarlos.

CRISTINA.—Tampoco; yo los cobraré.

HILARIO.—¡Ah!...

CRISTINA.—Comprenderá usted bien que para seguir igual que antes no valía la pena de recluírnos en el campo todo el año.

HILARIO.—¡Pero usted no manifestó nunca su propósito de variar de administrador!

CRISTINA.—Nunca.

HILARIO.—Al contrario, me dió siempre a entender que yo seguiría.

CRISTINA.—Siempre.

HILARIO.—¿Y a qué obedece ahora ese cambio?

CRISTINA.—¿Lo quiere usted saber?

HILARIO.—¡Tengo derecho a que se me diga!

CRISTINA.—Pues óigalo. Porque antes estábamos en poder de usted... y ahora no. Antes había que tascar el freno para que no enredase usted más los asuntos..., y ahora no. Antes no podíamos prescindir de usted..., y ahora sí. Por eso hablo ahora y antes no.

HILARIO.—Es lástima no haberlo sospechado...

CRISTINA.—Para no desenredar nunca la madeja, ¿verdad? Por eso aguanté las humillaciones, por eso admití algunas partidas amañadas y por eso... ¡por eso!, fuí a las cuentas de usted con el hacha levantada, sabiendo ya que algunas cosas no se borran más que arrancándolas de cuajo y de raíz.

HILARIO.—Es usted injusta conmigo, doña Cristina; pero el gran cariño que les tengo a ustedes...

CRISTINA.—Dejemos quieta esa razón, don Hilario, dejémosla..., que cada vez que encuentro mezclados el cariño y el dinero me dan unas ganas locas de salir gritando: "A ése, al ladrón, que lleva en la mano el cariño como quien lleva una ganzúa... ¡¡A ése, a ése!!"

HILARIO.—No se exalte, doña Cristina, que contra mí no hay motivo.

CRISTINA.—¿Recuerda usted quién se llevó al fin *Las Arganzuelas?*

HILARIO.—Un Fernández Palacios, de Villa del Río.

CRISTINA.—Pues en el Registro figuran hoy a nombre de Fermín Iglesias.

HILARIO.—Una segunda venta quizás...

CRISTINA.—Y Fermín es sobrino de usted.

HILARIO.—Eso sí, es sobrino.

CRISTINA.—Y se casa con una hija de usted...

HILARIO.—Muchas cosas sabe usted.

CRISTINA.—Muchas..., y una de ellas es que sería inútil la reclamación para recuperar *Las Arganzuelas,* porque todo se hizo con jueces y notarios. Fué una bellaquería, pero una bellaquería muy legal. ¡Que sea enhorabuena!... Disfrútela, con la hija y el sobrino... y quiera Dios que a ustedes también se lo roben muy pronto con la mayor legalidad posible.

HILARIO.—Yo siempre le aconsejé al señor de la Hermida lo más conveniente para sus intereses, pero cuando él se obcecaba en tirarlos..., ¿qué daño hay en que lo aprovechara yo? ¿Sería mejor llevándoselo otro?

CRISTINA.—Para usted, no. Para nosotros, sí; que hay siempre una diferencia entre decir: "Nos robó un ladrón..." y decir: "Nos robó un amigo..."

HILARIO.—¡¡Doña Cristina!!

CRISTINA.—Y escuche usted mi última palabra. Si usted deja la administración por su propia voluntad, yo aun diré que lo hemos sentido mucho.

HILARIO.—¿Y si no?¡

CRISTINA.—Si no, diré lo que usted solamente ha de sentir.

HILARIO.—Se vale usted de que es mujer para insultarme...

CRISTINA.—Soy mujer, sí... ¿y qué? ¿No era mujer cuando usted pretendía arruinarnos? ¿No era mujer cuando me presentó las cuentas enredadas? ¿No lo era cuando se me llevó el caserío? Pues entonces, ¿por qué no voy a ser mujer también para decirle a usted cuatro verdades?

HILARIO.—Alguna se le podría contestar, que usted alardea mucho de rectitud, pero conmigo fué bien falsa.

CRISTINA.—¿Con usted?... ¡No! ¡Leal, muy leal!

HILARIO.—Nadie lo diría...

CRISTINA.—¡Todos! Leal es el que corresponde, el que da amor por amor, y amistad por amistad; pero también es leal, y muy leal, quien devuelve burla por burla y engaño por engaño...

HILARIO.—Entendiéndolo así...

CRISTINA.—¡Así, claro!... Que fiarse del que miente y no decir sino verdades a quien trata de engañarnos sería demasiado cómodo para los embusteros. Y dispense usted que en mis asuntos no haya facilitado esa comodidad.

HILARIO *(Advirtiendo.)*—Don Lorenzo...

CRISTINA.—Quiso usted saber mis razones: ya las sabe. Ahora quiero yo saber lo que usted resuelve...

ESCENA VI

DICHOS. LORENZO, por derecha.

LORENZO.—Ahí va el cigarro.

HILARIO.—Muchas gracias. *(Una pausa.)* Y ya que todo se arregló satisfactoriamente..., como era de esperar..., queden ustedes con Dios..., y dispongan de mí con franqueza si en alguna ocasión me necesitan.

LORENZO.—¿Nos abandona usted?...

HILARIO *(Sonriendo.)*—El cuerpo ya va pidiendo descanso...

LORENZO.—Bah, bah...

HILARIO.—Si no tuvieran a quien encomendarle su administración seguiría con mucho gusto; pero ya cumple con ello muy de sobra doña Cristina.

LORENZO.—Pues lo siento, don Hilario.

CRISTINA.—Y yo también lo siento mucho.

HILARIO.—Todos lo sentimos, claro, después de tantísimo tiempo unidos...

LORENZO.—Y por esta casa le guardaremos siempre la estimación que usted merece.

HILARIO *(Inclinándose.)*—Muchas gracias.

CRISTINA.—La que merece...

HILARIO.—Eso es, la que merezco. *(Tendiéndole la mano.)* Y con el permiso de ustedes...

CRISTINA *(Negándose a darle la mano.)*—¡No! *(Sonriendo.)* Por la harina...

HILARIO *(Aceptando gustoso la explicación.)*—¡Ah!... sí...

LORENZO *(Dándole la mano.)*—Hasta siempre, don Hilario.

CRISTINA *(Impidiendo a Lorenzo que llegue a dar la mano.)*—¡No!... Por la tinta.

HILARIO *(Serio.)*—¡Ah!..., sí. Pues ustedes lo pasen bien. *(Mutis por foro.)*

LORENZO.—Adiós. *(A Cristina.)* Has estado dura con él... Seguramente se lleva un gran disgusto.

CRISTINA.—No, no. Lo que se lleva son *Las Arganzuelas.*

LORENZO.—No hables de eso ya. Y anda a lavarte de una vez.

CRISTINA.—Sí, hay que quitarse el lodo cuanto antes.

LORENZO.—¿Has estado donde hubiera barro?

CRISTINA.—No, pero estuve donde había un granuja, y eso mancha también. ¡¡A lavarme, a lavarme!! *(Mutis rápido por izquierda.)*

ESCENA VII

LORENZO; por derecha, TEODORA.

LORENZO *(Después de guardar el documento.)* Borrón y cuenta nueva.

TEODORA.—¿Haces algo de provecho? Pues es-

cribe a la fábrica de Talavera pidiéndole mil cantarillos mensuales.

LORENZO.—¿Estás loca, Teodora?

TEODORA.—Loca, sí. De los quinientos de este mes ya no hay ni uno. La gente es novelera, encontró bonita la presentación de la leche en esos cantarillos tan monos y tan limpios, y se los disputan que es una bendición.

LORENZO.—¡Pues magnífico!

TEODORA.—¡Así estoy yo de ufana por mi ideíta!

LORENZO.—Con razón, reina de las praderas, señora de los establos y emperatriz de los corrales.

TEODORA.—Bueno, búrlate...; pero que los prados están siempre verdes y los bichos gordos y lucidos no me lo puede negar nadie.

LORENZO.—Nadie.

TEODORA.—¿Has visto los borregos? ¡Cuarenta y ocho tenemos! ¿Y los seis merinos? ¿Y la mula nueva, la pelirroja, que ya la puse ayer a la labor?

LORENZO.—Todo, todo. Pero ya que el aire viene para darse importancia, vamos a que sople también de mi lado. ¿Sabes a cómo he vendido setecientos pinos? ¡A duro! Setecientos duros, ¿eh? ¿Sabes los eucaliptos que se plantaron este invierno? Doce mil brotes... A los diez años, siete u ocho pesetas cada palo. ¿Sirvo para algo?

TEODORA.—Eso es magnífico también, señor de las montañas, príncipe de los bosques y emperador de los plantíos.

LORENZO.—Ya has devuelto la pelota.

TEODORA.—Es que estoy muy contenta.

LORENZO.—Y yo. Veros alegres a vosotras, ver la casa próspera y rehaciéndose, pensar que en muy breve tiempo la tendremos libre de todo gravamen y que vamos sosegadamente a disfrutarla, me causa tal regocijo que me considero el hombre más feliz de la tierra. ¡Quién me diría en la juventud que Lorenzo de la Hermida fuera un señor labrador gozoso con la vida de la aldea?

TEODORA.—Y a mí ¿quién me diría que iban a venir tan pronto las horas de paz? Un año de mal casada, dos años de pleitos, y después el abandono total, absoluto. El se ha formado otra familia... ¡como le dió la gana!, y yo... ¡yo a vivir o a morir, a desesperarme o a divertirme, a lo que me dé la gana también, que a él le tiene sin cuidado mi suerte y mi conducta!

LORENZO.—A ser una desdichada.

TEODORA.—¡Con vosotros ya no! Cuando me rogasteis como pariente—prima segunda... nada... pero, en fin, pariente—que viniera a vivir a vuestro lado, con el pretexto bondadoso de que yo no hacía falta ninguna en otra parte—lo que era una gran verdad...—y de que hacía mucha falta aquí para acompañar a Cristina—lo que no era tanta verdad...—me convencisteis en seguida.

LORENZO.—Su trabajillo costó...

TEODORA.—No lo creas. Retardaba el decidirme por miedo a seros gravosa...; pero la voluntad

y el deseo no vacilaron ni un solo minuto. ¡No habíais de convencerme, si el espanto mío era precisamente el de la soledad!

LORENZO.—Pues se acabó..., y nosotros agradecidísimos.

TEODORA (*Cogiéndole las manos.*) — ¡¡Lorenzo!!

ESCENA VIII

DICHOS. CRISTINA, por izquierda.

CRISTINA.—¿Qué pasa?

LORENZO.—Que se ha puesto a recordar.

CRISTINA.—¿Malas memorias? Haz lo que yo, Teodora. Al suelo... y el tacón encima.

LORENZO.—Es lo mejor. Y a otra cosa. El señor Montes ha preguntado si no salíamos esta tarde.

TEODORA.—Llegó ayer y cumple hoy sus deberes de vecino. No diréis que se retrasa...

CRISTINA.—No.

TEODORA.—Ni os cogerá de nuevas a lo que viene...

LORENZO.—Eso sí que merece pensarlo un poco, hija. No te inclino ni te aparto...; pero es de justicia el reconocer las grandes cualidades de ese caballero.

CRISTINA.—Yo también las reconozco...; pero nada más. ¡¡Aun es demasiado pronto para incli-

narme á ningún hombre, que están recientes en mi alma todavía las ofensas de...!!

TEODORA *(Interrumpiendo.)*—El tacón encima, el tacón...

CRISTINA *(Calmándose y sonriendo.)*—Y aun admitiendo que es persona agradable, hay algo que me pone en guardia contra él.

TEODORA.—¿Qué?

CRISTINA.—Su dinero. Tiene mucho dinero, *sabe* que tiene mucho dinero..., y si el que me busque me halaga... ¡¡el que me compre, me horripila!!

TEODORA.—Pues yo que tú, en la primera ocasión aclaraba ese punto francamente.

LORENZO.—Acláralo. Y por mí ya lo sabes: ese hombre, otro, ninguno...: como quieras, cuando quieras y con el que quieras. ¿Enterada?

CRISTINA *(Riendo.)*—Enterada.

LORENZO.—Que esa confianza y aun mayor te la ganaste tú con creces. *(Mutis por foro.)*

ESCENA IX

CRISTINA y TEODORA.

TEODORA.—¡Qué envanecido está el padre con la hija!

CRISTINA.—Al revés: yo con él. Todos le oyen siempre la canción eterna de mis méritos, pero

nadie le oyó nunca mencionar los suyos, que hasta en el silencio es generoso.

TEODORA.—¡Sí que es bueno!

CRISTINA.—¿Bueno? ¿Y crees que decimos algo con eso? Desde que murió la pobre mamá, hace ocho años, no volvió a un casino ni a un teatro, hasta que fué conmigo a todas las diversiones. Viéndole horas y horas haciendo solitarios con la baraja o leyendo revistas y novelas, yo pensaba: "¡Qué genio más aburrido tiene papá!..." Con el egoísmo feroz de la juventud, ni por un instante se me ocurrió que fueran horas y horas acompañándome para no dejarme sola en las manos peligrosas de las criadas.

TEODORA.—Era pronto aún para comprenderlo.

CRISTINA.—Viéndole derrochar en mis lujos y no gastarse un cuarto en sí mismo, yo pensaba: "¡Qué roñoso es papá!... Gasta en mí porque es indispensable para buscarnos una buena boda...; pero no yendo conmigo le duelen los cuatro duros de una barrera para los toros como si le dieran cuatro puñaladas. ¡Qué roñica!" Ni por un instante se me ocurrió que después de pagar la pensión de mi hermana mayor, las trampas del otro, de Ignacio, y los caprichos míos, pudiera suceder que en casa no quedaran ya los cuatro duros de la barrera para los toros...

TEODORA.—Que sucedería alguna vez...

CRISTINA.—Pues yo ni sospecharlo.

TEODORA.—La lógica ingenua y despiadada de

los hijos: si en casa hay algo para nosotros es que hay mucho para los demás.

CRISTINA.—Razonamos con lógica, sí; lo que se nos olvida muy a menudo es razonar con cariño.

TEODORA.—Muy a menudo.

CRISTINA.—En una ocasión, alguien no tuvo reparo en hablar de mi padre delante de mí, contando que había sido uno de los hombres más gastadores y más jaraneros de Madrid en sus mocedades. ¡Me quedé atónita! ¿Sería posible? ¿Cómo pudo variar de ese modo? ¡¡Claro, por los años!! ¡¡Por la vejez!!

TEODORA.—¿Por la vejez Lorenzo?

CRISTINA.—Sí. Tenía entonces cuarenta y dos años; pero yo resolví de plano que era un viejo por la razón suprema de que era mi padre..., ¡y un padre siempre es un viejo para el hijo! ¡¡Los padres ya no tienen músculos, ni fibras, ni arranques, ni sueños locos...!! ¡No! ¡¡Eso lo tienen los hijos nada más!!

TEODORA.—¡Qué error, Cristina!

CRISTINA.—¡Qué error, Teodora! Un día supe que nos arruinábamos, y cavilando, espantada, no dije: "¡Ay, pobre, lo que gastamos!..." ¡No! Dije solamente: "¡¡Qué torpe es papá, y qué mal lleva los asuntos!!" Pero vino de pronto el golpe brutal con que me hirieron, y entonces, como si fuera una revelación, por la injusticia de otro hombre conmigo, empecé a comprender las injusticias nuestras con mi padre... ¡Y desde ese mo-

mento me puse a quererle de todo corazón, no sólo para corresponder a su gran cariño, sino para irle desquitando poco a poco de nuestras grandes crueldades!

TEODORA.—Tú bien le desquitas ahora.

CRISTINA.—Es que aun le debo más, algo inmenso y que no sospechaba siquiera. Fué preciso que yo padeciese como mujer y por el amor de un hombre para darme cuenta de lo que otros padecerán al verse solos. Y si mi viejo—¡tan joven todavía, tan sano y tan fuerte!—no se deja llevar de la atracción de ninguna mujer..., ¿por quién renuncia sino por mí? ¿Por quién se sacrifica sino por mí?

TEODORA.—Eso puedes jurarlo: por ti únicamente.

CRISTINA.—Por mí, ¡claro! Y si persiste, yo me regocijaré infinito, que no quisiera jamás ver ocupado el vacío de mi pobre madre...; pero si cambia de ideas, yo no le pondré obstáculo ninguno, que no creo justo el decirle: "Sé que tú quieres con toda tu alma que yo sea feliz...; pero yo no quiero que lo seas tú."

TEODORA.—Bien harás...

CRISTINA.—Y me verá contenta y afable... ¡Contenta sobre todo, porque si me ve disgustada, no podrá él ser dichoso!... Y ya aprendí de sobra que la felicidad de uno mismo no es completa jamás si no se le añade también la felicidad de los que nos rodean.

TEODORA.—Bien harás. Lo más cruel de los hijos es pensar que los padres no sienten ni se afanan como los otros hombres, y es el figurarse que las vidas deshechas una vez no pretenden ya rehacerse nunca, conformándose perpetuamente con la desgracia, como si hubiera acabado todo para uno, sólo porque otro desaparezca o nos engañe.

CRISTINA.—Hablas por ti, ¿verdad?

TEODORA.—Y por ti..., y por él..., y por todos.

CRISTINA.—Por todos; tienes razón. Como siempre son los mismos males, cuando se dice una palabra de consuelo, aunque se le diga a una sola persona, la oye y se la aplica el mundo entero.

TEODORA.—Y hoy que tú sabes un poco de las cosas..., de la amargura de las cosas fatales, dime lealmente: porque la vida se nos haga imposible con una persona, por la desdicha de una muerte o por la desdicha aún mayor de habernos salido al paso un canalla..., ¿somos culpables al pensar que con otra persona puede volver la paz y el amor? *(Cristina se levanta y camina. Teodora la sigue.)* ¿Lo somos?

CRISTINA.—¿En tu caso?

TEODORA.—En mi caso. ¿Lo somos?

CRISTINA.—No sé...

TEODORA.—Deja ahora a un lado las leyes y los Tribunales... ¡Déjalos, que tendrán mucha razón legal para amarrarnos materialmente, pero que no tienen eficacia ninguna para salvarnos de una canallada! Déjalos y dime de corazón a corazón: el

que se halla solo, ¿es criminal por espantarse de tanta soledad? El que después encuentra otro amor, ¿es criminal por aceptar ese amor? ¿Debe rechazarlo?

CRISTINA.—Debe rechazarlo.

TEODORA.—¡¡Cristina!!

CRISTINA.—Pero comprendo muy bien que no lo rechace.

TEODORA *(Abrazándola.)*—¡¡Cristina!!

CRISTINA.—¿Quieres y te quieren?

TEODORA.—¡No!... ¡Te juro que no!

CRISTINA.—No jures... y no llores.

TEODORA.—Es mentira... ¡Créeme!

CRISTINA.—Te creo... Pero mentiras que hacen llorar, por dentro se parecen mucho a verdades que hacen sufrir. Anda, anda, sécate los ojos.

TEODORA *(Sonriendo.)*—Había perdido ya la costumbre de las lágrimas...

CRISTINA.—Pues no la vuelvas a recuperar. Agua tibia con unas gotas de colonia..., y a tus borregos, a tus vacas, a tus primorosos cantarillos... ¡A tu vida, Teodora!

TEODORA.—¡¡No has dicho nada!! ¿A mi vida? Ya que tú lo mandas, te obedezco muy gustosa... ¡¡Y a mi vida voy, a mi vida!! *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA X

CRISTINA· luego, por foro, DIONISIO.

CRISTINA *(Pensativa.)*—¿Y aun tengo valor para quejarme, viendo a Teodora? ¿Qué es lo mío comparado con lo suyo? Nada. Menos que nada todavía. *(Entra Dionisio y queda inmóvil.)* Si lo sucedido ocho días antes sucede ocho días después, y me veo como ella..., ¡qué espanto, Dios, qué espanto! *(Advirtiendo intuitivamente la presencia de alguien.)* Perdone usted, Dionisio...

DIONISIO.—Me dijeron que aguardase aquí mientras avisaban al señor de la Hermida.

CRISTINA.—Perfectamente..., y bien venido.

DIONISIO.—¿De veras bien venido?

CRISTINA.—¿Por qué no? Siéntese. En casa le estimamos mucho, por usted mismo, por las buenas ausencias que de usted nos hacen... y porque no es muy frecuente que las hagan de ustedes.

DIONISIO.—Ustedes... ¿Quiénes?

CRISTINA *(Sonriendo.)*—Los ricachos.

DIONISIO *(Riendo.)*—¡Ah!..., sí...; ya sé que lo habitual es llamarnos animales.

CRISTINA.—No tanto.

DIONISIO.—*Esa bestia dorada..., ese cerdo en salsa de billetes...*; pero yo me río de esa jerigonza y estoy orgulloso de mi riqueza.

CRISTINA.—La vanidad disculpable de quien todo se lo debe a su propio esfuerzo.

DIONISIO.—No, no. La heredé siendo un chiquillo todavía... y la conservo. Hasta la fecha no tuve más trabajo que ése.

CRISTINA.—Y entonces..., el orgullo ¿de qué procede?

DIONISIO.—De tener la fortuna, del hecho maravilloso, envidiable y nunca bastante agradecido de tener una fortuna.

CRISTINA.—¿Y no es usted más? ¿No aspira usted a ser más?

DIONISIO.—No..., ni comprendo que se pueda ambicionar mejor oficio. Todo lo que se vende, que es casi todo, lo tengo yo si lo quiero. Y lo que no se vende, lo tengo o no lo tengo, según la casualidad, y lo mismo que otro cualquiera. ¿Qué más voy a pedir?

CRISTINA.—Ser alguien... o ser algo. Un gran orador, un gran artista...

DIONISIO.—¿Dinero... y además demostrar entendimiento? ¡Qué ganas tiene usted de hacerme aborrecible!... Y aun como financiero, como negociante..., puede pasar. ¿Pero como artista? Con casas, con automóviles y con cuello limpio ¿hacer arte? Eso no me lo perdonaría jamás ningún artista.

CRISTINA.—Exagera usted, Dionisio.

DIONISIO.—No. Del que se lanza a trabajar en

esas condiciones, la gente dice: "¡Qué hermoso es que trabaje sin necesitarlo!..." Pero los del oficio, si no acierta, dicen: "¡Quién le meterá a ese cafre en estos trotes!..." Y si acierta alguna vez, entonces dicen: "¡¡Ese miserable, que viene a quitarnos el pan!!"

CRISTINA.—Entonces, ¿a usted le basta con la riqueza?

DIONISIO.—Para vivir, sí. Y para que me insulten, también.

CRISTINA.—Es usted positivista...

DIONISIO.—Lo soy yo... y lo es el comerciante y el médico y el abogado, que me pasan sus facturas. El Estado, que cobra sus contribuciones; la Iglesia, que cobra bautizos y funerales, y la mujer amada, la espiritual mujer, que pide, con razón, dinero para la casa, para el "auto", para los hijos..., para todo. Y si yo no lo fuera, los demás me recordarían que hay que serlo, pues yo no conozco nada, desde la materialidad grosera de vivir hasta el divino ideal de amar, que al principio o al fin no traiga una serie de recibos.

CRISTINA.—Es verdad; pero la vida se compone de algo más que de facturas y de cheques, y no comprendo que se renuncie voluntariamente a soñar un poco...

DIONISIO.—Yo a nada. Son los demás los que renuncian por fuerza a cuanto no sea trabajar. El novelista escribe en un año lo que yo leo en dos

horas; el actor ensaya veinte días para que yo le escuche una noche; el torero arriesga su vida para que yo me distraiga una tarde..., y la humanidad entera perece y se aniquila para que disfruten un puñado de ociosos nada más.

CRISTINA.—Eso no es justo.

DIONISIO.—Ni yo digo que lo sea; digo solamente que es verdadero.

CRISTINA.—Sí lo es, sí. Los placeres, para unos pocos, y luego por igual los disgustos y las enfermedades, que no distinguen de jerarquías.

DIONISIO.—Tampoco. No somos iguales en nada. La pulmonía que mata en un buen lecho y sin más preocupación que la de la propia salud, no es la misma pulmonía que mata en un camastro, con la duda de que podría salvarse si estuviera mejor atendido, y con el problema pavoroso de cómo vivirán mañana la mujer y los hijos. ¡No, no es la misma pulmonía ni es la misma muerte!

CRISTINA.—Por desgracia, tiene usted razón.

DIONISIO.—Como no son las mismas contrariedades. El que tiene un disgusto en su casa y puede largarse a viajar... ¡se le acabó el disgusto! Esa es precisamente la causa de la gran prosperidad de los balnearios, porque la primera idea del médico es siempre que el enfermo descanse unos días de sus asuntos... y de sus parientes.

CRISTINA.—Muchos van también con sus familias.

DIONISIO.—Sí..., y esos son los que dicen a la vuelta que no les probaron bien las aguas.

CRISTINA.—No cabe duda de que en el terreno material llevan ustedes ganada la partida.

DIONISIO.—Y en los demás terrenos.

CRISTINA.—¡Eso no! En afecto, en amor, en simpatías, no vence el dinero.

DIONISIO.—También.

CRISTINA.—¡No!

DIONISIO.—También. Ponga usted un hombre exactamente igual a mí, con la misma edad, la misma figura, la misma ilustración..., exactamente igual. Ni me lleva ventaja ni se la llevo...; pero a él le retienen sus ocupaciones todo el día en la oficina o en el despacho..., y yo puedo venir con cierta frecuencia y encontrarme cien veces con su padre de usted en todas partes... ¿Quién será primero amigo de su padre de usted?

CRISTINA.—Usted, claro.

DIONISIO.—¿Por valer más que el otro? ¡No! Por tener dinero, que me da libertad y con ella las ocasiones de tratar a su padre.

CRISTINA.—Es cierto...

DIONISIO.—Figurémonos ahora que los dos estamos enamorados de usted...—lo que es bien fácil de figurárselo...—, ¿quién tendrá más probabilidades? ¿El, encerrado y sujeto, o yo, que la puedo seguir y buscar y asediarla?

CRISTINA.—Sabe Dios quién..., y dispense, que voy a que avisen de nuevo a papá. *(Marcha.)*

DIONISIO.—¡¡Cristina!!

CRISTINA *(Deteniéndose sorprendida ante la entonación grave.)*—¿Dionisio?...

DIONISIO.—¿Le molestaría a usted que siguiéramos un momento la conversación?

CRISTINA.—No...

DIONISIO.—Usted me conoce, ¿verdad?

CRISTINA.—Lo que se puede conocer a quien vive alejado de nosotros...

DIONISIO.—Yo a usted perfectamente. Su modo de pensar, la conducta de usted con su padre, lo pasado y lo presente... ¡La vida entera le conozco!

CRISTINA. — No me choca...: entre cristales vivo.

DIONISIO.—Me consta. Y tengo la seguridad absoluta de que sería una gran suerte la del hombre a quien usted aceptara... *(Cristina se inclina levemente.)* Ya el verano anterior estuve decidido; pero, aun contrariándome, quise dejar que transcurriera otro año para convencerme, á distancia y sin el influjo directo de usted, del verdadero valor de mis sentimientos. Y a distancia, también usted venció... e hice este viaje exclusivamente para hablar con usted. ¿Quiere usted responderme, Cristina?

CRISTINA.—¿Por qué no? Amigo Dionisio...

DIONISIO *(Interrumpiendo.)* — ¡Un minuto! Perdóneme usted que no sepa decir...—¡o sí sepa, sí!—, pero no me atreva a decir palabras con fue-

go y súplicas con alma... El sitio, la ocasión... y usted misma, quedándose por cortesía, pero en pie para abreviarla, cortan la voz y amedrentan el impulso. Perdóneme...

CRISTINA. — Le agradezco profundamente su preferencia... profundamente. No tengo inclinación ni compromiso con nadie, en absoluto con nadie. No tengo tampoco ningún motivo personal contra usted..., en absoluto ninguno. Pero la simpatía y el agrado no son razones suficientes...

DIONISIO *(Con amargura, pero sonriendo.)*—Bien...

CRISTINA.—Hago falta en mi casa y no puedo irme a la ajena sin la razón de un gran cariño que me lleve. Por esto, únicamente por esto...

DIONISIO *(Cortando el diálogo con un ademán.)*—Bien, bien... Perdone usted mi torpeza... y discúlpeme con el señor de la Hermida por no aguardarle. *(Marcha.)*

CRISTINA.—¡No! ¡Así no! ¿A qué separarnos con enojo? Si usted me quiere... ¿por qué ha de marcharse como enemigo? Yo le aprecio a usted..., ¿por qué he de ser yo su enemiga?

DIONISIO.—Perdone usted otra vez... Fué un arranque impensado.

CRISTINA *(Con dulzura.)*—No. Fué su convicción de la riqueza, su convicción de comprador de todo, que se le impuso ahora también, aun buscando lo que no está en venta todavía.

DIONISIO.—¡Cristina!

CRISTINA.—Eso fué. Yo mal le conozco, apenas si nos hemos tratado, no pudo haber entre nosotros esa cordialidad que lleva insensiblemente a estimarse y a quererse... ¡No la hubo! Pero no importa, que a la primera palabra de usted ya le debo yo una respuesta categórica y afirmativa. Debimos decir: ¿Me quieres? Te quiero... Como si dijéramos: ¿Cuánto? ¡Tanto!... Y no es eso, Dionisio; no es eso.

DIONISIO.—Se equivoca usted.

CRISTINA.—¡Qué he de equivocarme, si esto de ahora es lo mismo de siempre, es el derecho en que usted se cree de recoger y de disfrutar en un instante lo que otros han tardado mucho tiempo en preparar! El novelista escribe en dos años lo que usted lee en dos horas...

DIONISIO.—¡Cristina!...

CRISTINA.—Usted lo ha dicho. El torero arriesga su vida para que usted se distraiga una tarde; el pintor dibuja y borra y vuelve a dibujar, inquieto y febril..., para que usted llegue tranquilamente y en diez minutos de marchandeo le compre el cuadro si le gusta. Y si basta una tarde, unas horas o unos minutos para que usted disfrute de todo o lo adquiera todo, no ve usted gran razón tampoco para que en menos minutos no se le rinda también una mujer.

DIONISIO.—¡¡Cómo he de pensarlo!!

CRISTINA.—No lo sé...; pero conmigo se engaña usted de medio a medio. Ignoro lo que valgo; pero valga lo que valiere, no me deslumbran en una hora ni me dejo ganar en un momento.

DIONISIO.—Le juro a usted que no ha sido esa mi intención.

CRISTINA.—Pues demuéstrelo. Tiene usted una gran fortuna. Mejor. Ojalá tuviera usted más. Pero no me alucina la riqueza solamente. Me ofrece usted boda..., pero a bodas me llevaban cuando me hicieron traición, y a bodas habían llevado ya a Teodora cuando le hicieron una infamia. No me ciega tampoco ese ofrecimiento.

DIONISIO.—¿Cuál es el camino entonces?

CRISTINA.—El que va de usted a mí únicamente. No hay otro.

DIONISIO.—Por ése iré.

CRISTINA.—Búsqueme, si quiere; gáneme, si quiere.

DIONISIO.—La buscaré.

CRISTINA.—Así.

DIONISIO.—La convenceré.

CRISTINA.—Así.

DIONISIO.—Y le aseguro a usted que con toda mi voluntad desde hoy mismo empiezo a ganarla.

CRISTINA.—Entonces, desde hoy mismo empezaré a rendirme.

DIONISIO.—Hasta siempre, Cristina. *(Mutis por foro.)*

CRISTINA.—Hasta siempre, Dionisio. *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA XI

CRISTINA; por derecha, TEODORA, y luego, LORENZO.

TEODORA *(Entrando apresurada.)* — ¡Cristina! ¡Cristina! ¡¡Ven!!

CRISTINA *(Entrando.)*—¿Qué es?

TEODORA.—¡Ven! ¡Carta de tus hermanos!

CRISTINA.—¿Un disgusto al padre?

TEODORA.—¡Enorme! Y ellos mismos llegarán mañana.

CRISTINA.—¿Qué dicen?

LORENZO.—¡Cristina! ¡¡Cristina!! ¡Reclaman su legítima!

CRISTINA.—Dásela.

LORENZO.—No les basta la renta convenida y exigen el capital.

CRISTINA.—¿Los dos?

LORENZO.—Los dos.

CRISTINA.—Pues dáselo.

LORENZO.—¿Pero de dónde lo doy? ¿Vender? ¿Malvender? ¿No comprendes que es tirarlo todo por los suelos? ¡¡Y ahora!! ¡Ahora que respirábamos tranquilos, volver a la ruina!

TEODORA.—Tienen razón legal para pedirlo...

LORENZO.—Es de los gananciales... Tienen ra-

zón legal... ¡Sí, sí! Tienen razón legal y basta con eso. Exigen lo suyo, después de que vivieron y derrocharon de lo mío... ¿Y por qué es suyo? ¿Por qué? Si en casa no entró nunca más que mi dinero... Si no ha trabajado nadie más que yo..., y no ha ganado nadie más que yo..., ¿por qué es suyo algo, por qué? ¡¡Dios, Dios, qué egoístas haces a los hijos y qué crueles!!

CRISTINA.—Los que lo son, padre, los que lo son.

LORENZO.—¡Todos!

TEODORA.—¡¡Lorenzo!!

LORENZO.—¿Por qué es suyo, por qué? Decídmelo, ¿por qué?

CRISTINA *(Aparte a Teodora.)*—¡Llévatelo inmediatamente! ¡Llévatelo!

TEODORA.—¡Cristina!...

CRISTINA.—¡Te lo ruego! ¡Inmediatamente!

TEODORA *(Llevándoselo.)*—Tengo que hablarte ahora mismo. ¡Ven!

LORENZO.—¿Por qué es suyo? ¿Por qué? ¡Malvados! ¡Todos malvados!

CRISTINA *(En la ventana.)*—¡Todos no! ¡No! ¡Dionisio! ¡¡Dionisio!! ¡¡¡Dionisio!!!

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es por la mañana del día siguiente.

ESCENA PRIMERA

La habitación, cerrada. Una lámpara de mesa, encendida. Tumbado en un butacón, LORENZO. MICAELA *y* TEODORA, *por izquierda.*

MICAELA *(A media voz.)*—Mire, doña Teodora, mire.

TEODORA.—¿Duerme?

MICAELA.—Lo parece.

TEODORA.—¿Y hace mucho que está?

MICAELA.—De antes del alba debe ser, porque con el alba me levanté yo... y estaba ya él y la luz. Sólo que yo le respeté el sueño..., o el desvelar..., o lo que le tenga *claveteao* ahí tantas horas

TEODORA.—Haberme avisado.

MICAELA.—De prudente me pasé...; pero es que hoy no sabe una con qué pie marchar.

TEODORA.—Quizás haya sido mejor...

MICAELA *(Cogiéndola del brazo.)*—Diga, doña Teodora, ¿es verdad que se vende la casa?

TEODORA.—Tal vez...

MICAELA.—¡Ay, madre mía!

TEODORA.—Calla.

MICAELA.—Desde ayer lo pregonan.

TEODORA.—¡Calla, calla!

LORENZO.—Déjala hablar. Verdades dice.

TEODORA.—¿No dormías?

LORENZO.—No.

TEODORA.—¿Y por qué tienes la luz encendida?

LORENZO.—Para no estar a obscuras.

TEODORA.—¡Pero si son más de las nueve!

LORENZO *(Levantándose.)*—¿Las nueve?

TEODORA.—Y hace un sol espléndido. Abre, Micaela, abre.

MICAELA.—¡Ay! Sí, señora. ¡Que tenga muchos sitios por donde escaparse el demonio ese que entró ayer aquí!

LORENZO.—No entró el demonio..., pero entró la ley.

MICAELA.—Poca diferencia habrá.

TEODORA.—¡Micaela!...

MICAELA.—¡Mire qué hermosura de día, señor amo!

LORENZO.—¡Hermoso es!... Pero lástima de día tan radiante para no alumbrar más que miserias.

TEODORA.—¡No hables así, Lorenzo! No te dejes abatir de ese modo.

LORENZO.—¿Abatirme? ¿Quién ha pensado en ello? Son dos cosas distintas las que hay ahora dentro de mí. Una, la impresión brutal que me

hizo... y ahí no veis más que al padre, dolorido, defraudado, con el alma en pedazos. Y otra cosa es el afrontar y el resolver la cuestión que me plantean..., y ahí..., ¡ahí no veréis más que al hombre, frío para discutir y caballero aun para dejarse despojar!

TEODORA.—Eso tiene que ser.

LORENZO.—Y eso es. Micaela, ¿fué ya el coche al apeadero?

MICAELA.—Fué, sí, señor.

LORENZO.—¿Y las habitaciones?

TEODORA.—Preparadas.

MICAELA.—¡Pero les dan lo mejor!

LORENZO.—Naturalmente.

MICAELA.—Naturalmente, no, que viniendo en enemigos no hay por qué festejarlos.

LORENZO.—Te equivocas. Lo que dejaron de merecer por ellos, aun lo siguen mereciendo por mí.

MICAELA.—Usted manda...; pero si mandara yo..., ¡no era eso!

ESCENA II

DICHOS; por foro, SATURIO.

SATURIO.—¿Hay licencia? Felices nos dé Dios.

TEODORA.—Felices, Saturio.

SATURIO.—Don Hilario tiene el recado y vendrá *de seguidita.*

LORENZO.—Bueno. Avisadme.

SATURIO.—Y por si quiere usted conversación, abajo está el señor Ambrosio para tratar de la compra del trigo y del centeno en el lugar de *La Junquera.*

LORENZO.—Ruégale que dispense por hoy. Eso lo ha de tratar con el amo..., y aquí hoy no sabemos quién será mañana el amo de *La Junquera.*

SATURIO *(Echándose a él con pena.)*—No diga eso, don Lorenzo.

LORENZO *(Poniéndole la mano en el hombro afectuosamente.)*—No lo sabemos, Saturio, no lo sabemos...

SATURIO.—¡Dios no lo puede permitir!

LORENZO.—Pues ahí tienes. Lo permite... ¡Lo permite! *(Sonriendo.)* Avisadme... *(Mutis por izquierda.)*

SATURIO.—¡Y ver esto! ¡Verlo! Mientras se iba todo a la trampa por los vicios del hijo y por la blandura tonta del padre... ¡No me llegaba! Pero que se hunda cuando trabajan y lo atienden y lo mejoran... ¡Me llega, doña Teodora, me llega!

TEODORA.—Eran muchas nuestras alegrías, y debieron parecer demasiadas.

MICAELA.—¿A quién?

TEODORA.—A quien las da... y a quien las quita.

SATURIO.—¡¡Pero eso es...!!

TEODORA *(Cortándole la frase.)*—Es. No añadas más... Es... *(Mutis lento por la derecha.)*

ESCENA III

MICAELA y SATURIO.

SATURIO.—Callar, me callo...; pero por dentro me revuelan cuervos y choas y abejarrucos negros.

MICAELA.—Con razón, hombre. ¿Pero qué les pasa?

SATURIO.—Lo de la *ligítima,* mujer.

MICAELA.—Eso ya lo sé. Lo que no sé bien es a qué le llaman ellos la *ligítima.*

SATURIO.—Pues muy sencillísimo. Verás. Pon que tú y yo nos casamos.

MICAELA.—¿Cuándo?

SATURIO.—Nunca. Es un suponer para el caso.

MICAELA.—Ni yo quiero tampoco.

SATURIO.—Te lo conocí *de seguida* que no querías, y por eso no apreté más.

MICAELA.—Hiciste bien. Anda ahora al suponer.

SATURIO.—Casamos..., y después se ganan cien duros. Pues cincuenta son tuyos y cincuenta son míos; pero los dos juntos nos gastamos los cien de los dos.

MICAELA.—Eso, claro.

SATURIO.—O los ahorramos.

MICAELA.—Eso es mejor, Saturio, porque nadie sabe cómo pueden pintar las cosas, y conviene siempre una *prevenencia* para el mañana.

SATURIO.—¡Hasta casándote de mentirijillas quieres ahorrar, mujer!

MICAELA.—Para que veas que no soy malgastadora.

SATURIO.—Pues visto; pero no barruntes esperanzas.

MICAELA.—Ni te las quiero para nada. Ya lo dije.

SATURIO.—Bueno entonces. Casados..., viene familia, y se gasta con ella lo que se pueda... y cachos también de lo que no se pueda.

MICAELA.—*Al igual* que hacen todos, según los posibles de cada uno.

SATURIO.—Así es. Pasan más años, y a fuerza de trabajar llegamos a tener una tierra y una casita.

MICAELA.—¡Ay que bien!

SATURIO.—Mitad de la tierra es tuya...

MICAELA.—Mitad de la casa es tuya, y los dos y los hijos y los nietos, a vivir honradamente.

SATURIO.—Eso es.

MICAELA.—Pues eso es muy bueno.

SATURIO.—Pasan más años..., y aunque al final los viejos quisieran marcharse juntos de la vida, la suerte manda otro arreglo, y uno se va y otro se queda.

MICAELA.—A esperar también la hora de marchar, arrinconado en su casita.

SATURIO.—No. Su casita ya no es suya. Lo que

ganaron los dos únicamente, lo que fué de los dos únicamente, ya no es únicamente del que se queda. Es también de los hijos.

MICAELA.—¡Y muy a gusto con que la vivan!

SATURIO.—Pero al que no la quiera vivir le darás su parte.

MICAELA.—¿Una parte de la casa? ¿Y eso cómo va a ser, bobo?

SATURIO.—Le apuntan un valor, y tú das la porción que sea en dineros.

MICAELA.—¿En dineros? ¿Y si no los tengo?

SATURIO.—Te venderán la casa.

MICAELA.—¿La mía?

SATURIO.—La que ya no es tuya únicamente.

MICAELA. — Pero... ¿y si la venden, adónde voy yo?

SATURIO.—Tú sabrás...

MICAELA.—¿A la calle?

SATURIO.—A la calle.

MICAELA.—¿Vieja, y puede que enferma?

SATURIO.—Vieja y puede que enferma... ¡Como estés a la hora de echarte...! Y eso es la *ligítima.*

MICAELA.—¡Pero eso es una infamia!

SATURIO.—Es.

MICAELA.—¡Mientras viva uno de los padres no deben mandar los hijos!

SATURIO.—Pues mandan.

MICAELA.—¿Y hay una ley así contra los padres?

SATURIO.—Hay.

MICAELA.—¿Y hay hijos así contra los padres?

SATURIO.—Hay.

MICAELA.—Pues yo no quiero escuchar más. *(Marcha; se detiene.)* Y oye lo que te digo, Saturio García: que yo, Micaela Fernández, una lugareña y una burra y una nadie, si fuera juez no hacía esas leyes; si fuera madre, renegaba de esos hijos, y si fuera Dios, mandaba ahora mismo un rayo que abrasara a esa *ligítima*. Y ya sabes para siempre lo que haría Micaela Fernández si pudiera. *(Mutis por derecha.)*

ESCENA IV

SATURIO; HILARIO, por foro; LORENZO, por derecha.

HILARIO.—Avisa al amo.

(Mutis Saturio por izquierda.)

LORENZO *(Después de una breve pausa, entrando.)*—Ya le vi llegar.

HILARIO.—A su disposición, señor de la Hermida.

LORENZO.—Necesito veintiún mil duros.

HILARIO.—¿A qué fecha?

LORENZO.—Lo antes posible.

HILARIO.—Vendiendo, claro.

LORENZO.—Vendiendo.

HILARIO.—Y vendiendo mal...

LORENZO.—Vendiendo mal.

HILARIO.—Con esas prisas se puede usted coger los dedos...

LORENZO.—No importa. Con tal de pagar inmediatamente... Si me quedo en el arroyo, ¡mejor! Y si los hijos pasan los primeros por donde yo pida limosna, ¡mejor!

HILARIO.—Razona usted en ofendido... Y con el dinero no puede haber ofensas. Reclamar, solicitar, robar..., todo para en lo mismo: en coger dinero. Por consecuencia, trátelo usted como negocio, que tratándolo como sentimiento va usted equivocado, y además va usted perdido.

LORENZO.—Ya lo sé.

HILARIO. — Pues entonces, caminemos despacito. En primer lugar, esa cifra se ha fijado cuando ustedes tenían de capital unos ochenta mil duros, que hoy no lo tienen, ni con mucho.

LORENZO.—Esa no es razón para ellos.

HILARIO.—Pero lo debía ser, porque todo el quebranto de la fortuna es precisamente por causa de ellos, por culpa de ellos, y hasta por trapisondas feas de uno de ellos. Y siendo así no está usted obligado, en conciencia, a buscarse la ruina total.

LORENZO.—En conciencia, no, que les dí más, infinitamente más de lo que hoy exigen. Pero lo estoy por la ley.

HILARIO.—Vamos con la ley ahora.

LORENZO.—La conozco bien. Mi padre fué abogado y yo lo soy, aunque apenas haya ejercido.

HILARIO.—No dudo de la competencia profesional de usted; pero los que saben bien las leyes no son los que tienen que aplicarlas, sino los que tienen que burlarlas. Para defender un pleito justo nombre usted al decano del Colegio de Abogados... Pero, en cambio, para un pleito dudoso, no elija usted a uno que lo aclare, sino a uno que lo enrede. Crea en mi experiencia, don Lorenzo.

LORENZO.—No pretendo litigar.

HILARIO.—Si ellos se avienen a razones, perfectamente. Pero si les da por terquedades, entonces se tropezarán también con tercos.

LORENZO.—Yo no lo soy.

HILARIO.—Lo seré yo por los dos, ya que tengo el honor de que usted me confíe nuevamente sus asuntos. Y como primera providencia, puesto que no hubo disposición testamentaria, promoveremos nosotros el juicio de abintestato. Y con los inventarios, los peritos, las tasaciones, etcétera..., y con un abogadete, que ya le diré, y es una especialidad para entablar incidentes dilatorios..., ¡tenemos juicio... hasta perder todos el juicio!

LORENZO.—Don Hilario...

HILARIO.—Le aseguro a usted que no cobran en la vida. Antes verán el fin del mundo que el fin del pleito. Y como además tiene usted perfectísima razón legal para promover el abintestato

a su nombre, o al de doña Cristina, a nadie le puede sorprender.

LORENZO.—¿Yo? ¿Tener razón legal yo contra mis hijos? ¡No! Ya es bastante infamia el que la tengan ellos contra mí. ¡Yo, no; yo, no!

HILARIO.—¡Bien! Ellos ponen sus malas mañas en saquearle, y usted pone su dignidad en facilitarles el saqueo... ¡No lo comprendo, señor de la Hermida! Pero obedeceré sus instrucciones.

LORENZO.—Gracias. Y dispénsenos si ayer recibió usted alguna mortificación.

HILARIO.—No hay que disculparse de nada. Nos distanciamos por dinero, me buscan por dinero... ¡Compensado todo!

LORENZO.—Mejor. Téngame al corriente con frecuencia.

HILARIO.—Descuide usted. *(Marcha; se detiene.)* Si por casualidad se presentara alguna oferta razonable para la casa...

LORENZO.—¡¡La casa!! ¡¡Todas las tierras primero, todas!!... *(Resignado.)* Pero si no, la casa también.

HILARIO.—Entendido. *(Mutis por foro.)*

ESCENA V

LORENZO; por derecha, TEODORA.

TEODORA *(Acercándose humildemente.)*—Ahí tienes el resguardo. ¡Acéptalo!

LORENZO *(Suavemente.)*—No, Teodora.

TEODORA.—Bien quisiera que estas diez y ocho mil pesetas se transformaran en muchísimos miles para disipar de un golpe todas tus intranquilidades... Pero no tengo más, y no hay que despreciarme por ser una pobrecita.

LORENZO.—¡Agradecidísimo...!—no, eso es poco todavía—. Conmovidísimo...; pero ya te dije ayer que no.

TEODORA.—Viviendo con vosotros, yo no las necesito para nada.

LORENZO.—No.

TEODORA.—Y ya me las devolverás algún día.

LORENZO.—No, Teodora, no.

TEODORA.—¡Muy engañada estaba! Creía ser... ¡como vuestra!, como algo que se afianzó en vosotros y ya no se desprende ni desean desprenderlo.

LORENZO.—Así eres.

TEODORA.—No lo soy. Al llegar la primera ocasión en que puedo serviros... ¡muy poquito..., pero un poquito!, ya me respondéis: "Guarda lo tuyo, guárdalo, que no tiene para qué mezclarse ni confundirse con lo nuestro."

LORENZO.—No, Teodora, no. Si me dejara llevar del impulso, con las dos manos lo tomaría, no para coger dinero, sino para coger la buena voluntad con que lo ofreces... Pero de ningún modo admito el complicar tus intereses en el mal negocio de los míos.

TEODORA.—No le llames intereses a esta pequeñez.

LORENZO.—Pero es todo cuanto tienes.

TEODORA.—Eso sí.

LORENZO.—¡Pues busca por el mundo quien me pueda ofrecer más! Y no lo encuentras, Teodora, no lo encuentras.

TEODORA.—¿No quieres?

LORENZO.—Y, realmente, no lo preciso, porque ya dí las órdenes para que me procuren la totalidad de los veintiún mil duros.

TEODORA.—¿Veintiún mil?

LORENZO.—Siete a cada uno.

TEODORA.—¿A Cristina también? ¿Pagarás a Cristina también? No hagas eso, Lorenzo; ni se lo indiques siquiera, que no merece semejante agravio esa pobre criatura. Y ya que te dueles tanto de injusticias, no cometas ahora tú la injusticia mayor que hay en este mundo, que es la de englobarnos a todos en una sola opinión para no tener con todos más que una sola conducta.

LORENZO.—No lo haré te lo prometo.

TEODORA.—Prométetelo a ti mismo, que éste no es favor que yo te pido, sino obligación en que tú estás.

ESCENA VI

DICHOS. Por foro, CRISTINA y AMBROSIO.

CRISTINA.—Ambrosio viene a que le firmes el contrato.

LORENZO.—Le había contestado por Saturio que...

CRISTINA.—Ya conozco la contestación: que no sabes quién será mañana el amo de *La Junquera.* Yo, tampoco. Pero sé quién es el amo hoy, y hoy se firma y hoy se cobra, que lo de mañana ya lo arreglarán los que vengan mañana.

AMBROSIO.—¡Yo estoy con la señorita!

LORENZO.—Pues te pondré el recibo.

AMBROSIO.—Claro que sí. Lo que no pasa ahora ya veremos si pasa luego y a quién le pasa. Reciba, don Lorenzo, y ahí van las tres mil quinientas.

CRISTINA.—Ochocientas.

AMBROSIO.—¡No, señora!

CRISTINA.—No escribas, papá. Eso pagó usted la recolección anterior.

AMBROSIO.—Pero este año trae mala cara, y no se puede anticipar tanto dinero.

CRISTINA.—Los que traemos este año mala cara somos nosotros: papá y yo... Pero el trigo se presenta lozano y espléndido. De modo que si usted quiere llevarse a papá o llevarme a mí, rebaje sin miedo, que en muy poco nos tendremos que dar...; pero el trigo no se lo lleva sino en el precio cabal.

AMBROSIO.—Bueno, entonces...

CRISTINA.—Escribe, papá.

AMBROSIO.—Subiré cien pesetas.

CRISTINA.—No escribas, papá.

AMBROSIO.—¿Ha de ser en cabales?

CRISTINA.—En cabales, que los campos no tie-

nen hijos ni hermanos que los menosprecien..., y en eso envidian algunos a los campos.

AMBROSIO.—Se pagará el todo. *(Entrega los billetes y recoge el recibo.)*

CRISTINA.—Eso es lo formal, Ambrosio.

AMBROSIO.—No digo que no.

CRISTINA.—Y precisamente porque vienen las cosas muy torcidas, nosotros hemos de poner más coraje todavía para que vayan muy rectas y muy firmes.

AMBROSIO.—Bien harán. *(Saludando con la mano.)* Y hasta otra vez, si Dios quiere. *(Mutis por foro.)*

CRISTINA.—Hasta otra vez, Ambrosio.

ESCENA VII

CRISTINA, TEODORA y LORENZO.

LORENZO.—Para que no sea todo hablar de egoísmos, oye una acción cariñosísima de Teodora.

TEODORA.—Lorenzo...

LORENZO.—Me trajo su dinero, todo su dinero.

CRISTINA.—Hizo bien.

LORENZO.—Y aunque yo, naturalmente, no se lo admitiera...

CRISTINA.—Pues hiciste mal.

TEODORA.—¿Lo ves?

CRISTINA.—¿No vive con nosotros? ¿No es

igual que nosotros para las comodidades y las satisfacciones? ¿Pues por qué ha de ser indiferente y extraña en los días malos?

TEODORA.—Eso le dije yo.

CRISTINA.—Si ella tuviera una complicación de dinero, ¿no acudiríamos con el nuestro? Si tuviera un conflicto de familia, ¿no la defenderíamos? Si tuviera una enfermedad larga y costosa, ¿regatearíamos una medicina, un médico o una operación? ¿No, verdad? Pues entonces ¿por qué no ha de acudir ella con su dinero, con su voluntad y con su cariño a defendernos a nosotros?

TEODORA.—¿Lo ves, Lorenzo? Tómalo, tómalo...

LORENZO.—¡No!

CRISTINA.—¡¡Tómalo!! Asegúralo bien después, más para complacencia tuya que para garantía de Teodora; pero tómalo..., ¡tómalo!, que no tiene derecho ella para quedarse apartada de nuestras preocupaciones en estos momentos, ni tienes derecho tú para rechazar lo que te ofrece uno de los tuyos.

LORENZO.—De los míos no es... Un gran afecto, una gran estimación...; pero de los míos no es.

CRISTINA.—¡Cómo te engañas, padre...! ¿Crees que los tuyos son los que llevan tu misma sangre y los que nacieron de ti? ¡Mentira! Tuyos son nada más los que te quieren...; pero ¿los otros? Aunque lleven tu misma sangre, tu misma cara

y hasta pedazos de tu mismo corazón, si no te quieren no son tuyos.

LORENZO.—Bien lo veo en quienes nacieron de mí...

CRISTINA.—Y aun no basta querer. ¡No basta! Han de estar cerca de ti, vivir contigo, disfrutar y padecer contigo..., que amarse desde lejos es tan poco amor..., ¡tan poco!, que cualquiera sirve para decir que adora por cartas y por radios...

LORENZO.—Es cierto.

CRISTINA.—Y si los tuyos son únicamente los que te quieren y los que te rodean..., yo soy tu familia; Teodora, sin ser nada tuyo, es tu familia; e Ignacio, siendo tu hijo, es un extraño, padre, es un extraño.

LORENZO.—¡Ojalá no dijeras verdad tan grande!...

CRISTINA.—El lo ha querido..., precisamente por no querernos.

LORENZO.—¡Y bien sabe Dios lo que yo hice por atraerme a ese hijo! Pero todo en vano, todo...

TEODORA.—Lo aceptas, ¿verdad, Lorenzo?

LORENZO.—Sí, Teodora, y a guardarlo voy, no entre los papeles, sino entre las reliquias. *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA VIII

CRISTINA y TEODORA.

TEODORA.—Sufre mucho...

CRISTINA.—No es ninguna novedad la ingratitud de los más allegados; pero lo sabemos de otros, lo comprendemos en otros..., y cuando se presenta en uno de los nuestros nos asombramos de que sea posible. ¡En los otros, sí; en los nuestros, no! Por eso nos engañan los nuestros tantas veces...

TEODORA.—Menos mal que tú conservas un poco la serenidad en estos momentos.

CRISTINA.—¿Yo?

TEODORA.—Lo parece.

CRISTINA.—Por fuera... y para no aumentar las agonías del pobre papá; pero por dentro tengo una pena de mí..., ¡una ira de mí! ¡¡y un asco de mí!!, que moriría gustosa ahora mismo si para morir bastara el desearlo.

TEODORA.—¿Qué dices, Cristina?

CRISTINA.—Ayer he llamado a Dionisio.

TEODORA.—¿Tú?

CRISTINA.—Yo.

TEODORA.—¿Para qué?

CRISTINA.—Para venderme.

TEODORA.—¡Para casarte!

CRISTINA.—También... Pero a mí me consta

que no es boda, sino venta. ¡Tanta confianza en mí misma, tanto desprecio por el interés material..., y al primer revuelo de la vida me cogió el afán de la riqueza como a la mujer más codiciosa! *(Sonriendo amargamente.)* Dice bien Dionisio: la vida es dinero.

TEODORA.—¡Lo hiciste por tu padre!

CRISTINA.—Pero lo hice.

TEODORA.—¡Con una gran razón!

CRISTINA.—Con razón, sí... Pero ¿qué mujer no tiene una razón para venderse? Y ya estoy yo igual que todas.

TEODORA.—¡No!

CRISTINA.—Igual. Pero yo misma no sé todavía lo que pasó por mí en aquel instante. Al ver desesperarse a mi padre por la ruina de la casa hubiera dado los imposibles por decirle: "No sufras ni te apures, que yo tengo: ¡¡toma!!" Y después, cuando le oí quejarse de la maldad de todos los hijos, ¡de todos!, se apoderó de mí un ansia loca de probar inmediamente..., ¡inmediatamente!, ¿comprendes?, ¡¡inmediatamente!!, que no todos son lo mismo. Y llamé a Dionisio.

TEODORA.—El ya te buscaba.

CRISTINA.—Y yo le había rechazado. Si fuí soberbia, pronto llegó la humillación.

TEODORA.—No hay que extremar tanto las cosas, ya que, por suerte de todos, se trata de una persona correctísima y agradable.

CRISTINA.—Si fuera desagradable, si fuera

odioso, le habría aceptado igualmente, porque entonces no llamé al hombre, sino al dinero. Y esa es mi pena, Teodora. Buscaba el idilio..., y tuve que apartarlo para ir con prisas al negocio.

TEODORA.—No hables así, Cristina; estás exaltada, y con mucho motivo; pero él no puede discurrir como tú.

CRISTINA.—¿Dionisio? Dionisio comprendió demasiado..., y aunque mostró la delicadeza de no sorprenderse por mi repentina variación, yo leía bien clara en sus ojos la pregunta: "¿Es por dinero, verdad, Cristina; es por dinero...?" Y a mí se me pasaban unas tentaciones absurdas de responderle: "Tiene usted razón ahora, Dionisio, y la tenía usted antes... ¡Todo es dinero, todo, todo!"

TEODORA.—¡No lo habrás dicho!

CRISTINA.—Ni le hizo falta. Ya lo sabía él.

TEODORA.—¿Y cómo habéis quedado? ¿En amores?

CRISTINA.—¿Se llama eso en amores? Pues sí, en amores quedamos.

TEODORA.—Pero entonces, ¿por qué son las angustias y los apuros de tu padre?

CRISTINA.—Porque lo ignora todavía.

TEODORA.—¿Que lo ignora? Siendo tu determinación por él y para él..., ¿aun no se lo dijiste?

CRISTINA.—No puedo, porque me suplicó Dionisio que le permitiera escoger el momento de comunicárselo él directamente.

TEODORA.—Es un poco extraña esa dificultad...

CRISTINA.—Un poco... ¡Tengo miedo, Teodora!

TEODORA.—¿Conoce vuestra situación actual?

CRISTINA.—No. Me decidí por eso, le llamé para eso..., y de eso, al fin, no cruzamos una palabra. En cuanto puso la dificultad me quedé tan acobardada... ¡y tan arrepentida ya por la locura de haberle llamado!, que no pude ni despegar los labios. El primer día de amores fué ya el primer día de recelos y de frialdades entre nosotros.

TEODORA.—¿El también?

CRISTINA.—También él. Siempre en caballero, en muy agradecido y en muy obligado..., ¡pero en hielo, Teodora, en hielo!

TEODORA.—Estaría cohibido, sabiendo lo mucho que tú vales...

CRISTINA.—No, no. Lo que se ofrece ya ha dejado de valer.

TEODORA.—¡No seas chiquilla!

CRISTINA.—Esta mañana esperaba carta suya. Me pareció a mí que hoy debía recibir carta suya, precisamente para desvanecer el mal efecto de ayer.

CRISTINA.—¿Y no ha escrito?

CRISTINA.—No ha escrito. Esperaba un ramo, unas flores...

TEODORA.—¿Y no las ha mandado?

CRISTINA.—No. Como si no hubiera sucedido nada entre nosotros.

TEODORA.—¡Yo no le creo capaz de una felonía!

CRISTINA.—Pues no andarás muy lejos de creer-

lo cuando, sin decírtelo yo, también lo piensas tú.

TEODORA.—Vendrá luego, y se justifica seguramente.

CRISTINA. (*Desconfiada.*)—Seguramente..., ¡pero tengo miedo, Teodora! La idea, nada más que la idea, de que pude humillarme con desprecio mío y sin ventaja para mi padre, me vuelve loca. ¡Preciarme de leal y desinteresada, para traficar en seguida conmigo misma, ya es caer de muy alto...! ¿Pero venderme...? ¡Venderme, y además que no me quieran comprar! ¡¡No, no; eso, no!!

TEODORA.—No seas boba, criatura, que eso no puede ser.

CRISTINA.—No puede ser, claro...; ¡pero tengo miedo, Teodora, tengo miedo! *(Marcha hacia derecha.)*

TEODORA.—No hay ninguna razón seria para darlo por hecho.

CRISTINA.—Ninguna, es verdad, ninguna. Soy yo sola a fantasear y a retorcerme la imaginación, forjándome hidras y dragones, que vienen luego a torturarme. Soy yo..., lo reconozco. *(Marchando.)* ¡Pero tengo miedo, Teodora, tengo miedo! *(Mutis por derecha.)*

ESCENA IX

TEODORA; por izquierda, LORENZO. Después, por foro, MICAELA y SATURIO.

TEODORA *(Cuando Cristina marchó.)*—Y yo también.

LORENZO *(Entrando.)*—Guardado queda como oro en paño. Y me pareció que también guardaba para siempre tu afecto y tu cariño.

TEODORA.—Eso es lo que os dí.

SATURIO.—Señor amo..., ésta y yo venimos juntos para ver si a los dos nos favorece.

MICAELA.—A los dos, señor amo.

SATURIO.—Quisiéramos que le oyera una conversación a la Isabelina.

LORENZO.—No estoy ahora de humor, Saturio.

MICAELA.—Después lo estará menos.

LORENZO.—Que venga mañana.

SATURIO.—Ha de ser hoy..., y la pobre aguarda en el portón desde el amanecer para una gran prisa que le come las entrañas.

LORENZO.—Bueno..., que pase. *(Mutis rápido Saturio por foro.)*

MICAELA.—Es la que tiene al pequeño con la pierna rota en el Hospital, y va todos los domingos a visitarle. ¡Siete leguas entre ir y volver!

LORENZO.—Es una buena tiradita.

MICAELA.—Sí... Tiradita le llamarán; pero ella no vuelve más que para estarse tirada como un fardo todo el día, que tiene llagas de la primera ida, y por no darle tiempo a cerrar se le abren otra vez cada domingo.

TEODORA.—¿Va a pie?

MICAELA.—¿Y cómo ha de ir?

TEODORA.—¡Ay, pobre!

MICAELA.—Pero el pequeño se alegra tanto al

verla, que la madre anda el camino de ida muy a gusto..., y sólo nota las llagas cuando vuelve.

LORENZO.—¡Y pensar que el hijo no lo sabrá nunca! Aunque se lo digan todos los días y a todas las horas..., no lo sabrá nunca. Es otra ley... ¡Paciencia!

ESCENA X

DICHOS. Por foro, ISABELINA y SATURIO. Después, por derecha, CRISTINA.

SATURIO.—¡Entra, mujer!

ISABELINA.—Disimulen ustedes. Ya sé que vengo en día de mal aire...

TEODORA *(Abrazándola.)*—¡No! Siéntate.

ISABELINA.—No estoy cansada.

TEODORA.—Sí lo estás. *(Trayendo ella misma una silla.)* Siéntate, siéntate.

ISABELINA.—Con su permiso entonces.

CRISTINA *(Entrando.)*—Hola, Isabelina.

ISABELINA *(Levantándose.)*—Hola, señorita.

CRISTINA.—Déjate estar. ¿Y el rapaz?

ISABELINA.—A muy bien, muchas gracias; que ayer le dieron de alta a vista mía, y mañana me mandaron volver para llevármelo.

TEODORA.—Precisamente mañana tiene que ir el carro al pueblo..., ¿verdad, Lorenzo, que mañana tiene que ir?

LORENZO *(Sonriendo.)*—Sí, Teodora, sí.

TEODORA.—No molesta nada que tú lo aproveches, Isabelina.

ISABELINA.—¡Me será un gran bien!

TEODORA.—Avisa tú al carrero, Saturio, y dile que...

SATURIO.—Ya sé el *recao*. La hora de marchar juntos, y que no vuelva hasta que dé la casualidad de volver juntos.

TEODORA *(Riéndose.)*—Eso es.

SATURIO.—Hay *recaos* que no necesitan de la boca para decirse. Vámonos, tú, que a la Isabelina ya la dejamos en vereda. *(Mutis por foro Micaela y Saturio.)*

LORENZO.—A traer al hijo, ¿eh?

ISABELINA.—No, señor. De allí hay que sacarlo, porque ya no es urgencia de hospital; pero mandan que le tenga quietecito un mes y medio *o un* dos meses por lo menos, y como a mi lado no puede ser teniendo yo que acudir a la faena—que marido ya saben que no hay—, el señor médico aconsejó una casa de esas de la salud.

TEODORA.—Pero eso es muy caro.

ISABELINA.—Setenta duros los dos meses... ¡¡después de llorarles no sé cuántas horas!!... Y vengo a ver si me los fía, don Lorenzo de mi alma.

LORENZO.—En que me fíen ando yo también.

ISABELINA.—¡Ya lo sé!... Pero como lo mío tiene remedio de muy poco, me supuse yo que este poco más no les cambiaría la suerte que ya tengan.

LORENZO.—Mucho no la cambiará...

ISABELINA.—Y por lo mismo que andan en penas reparé yo menos en pedirles, que los que tienen un mal comprenden antes el mal de los otros.

CRISTINA.—Bien dices, mujer. Mira, papá, ni más ricos ni más pobres por ese dinero. Fíalo a Isabelina, anda.

LORENZO.—Bueno... *(Va a la mesa.)* Tómalos.

ISABELINA *(Yendo a la mesa.)* Bastan treinta y cinco. Ya le pediré lo demás cuando sea el mes segundo.

LORENZO.—Como quieras.

ISABELINA.—Y disimule otra vez por la ocasión en que vine; pero a mí tampoco me la dejaron escoger, y por aquí no hay a quien una vuelva los ojos, como no sea a usted o al don *Donisio*..., y el don *Donisio* para mi pronto no me servía, que en su casa no dan razón de cuándo volverá.

LORENZO.—Ayer estaba.

ISABELINA.—Marchó en el tren de la noche. A Madrid piensan.

(Cristina, que atendió ansiosa, se levanta rígida.)

LORENZO.—No te hizo falta.

ISABELINA.—Por el corazón de ustedes. Muchísimas gracias, don Lorenzo..., y a usted, que habló la primera, Dios se lo pague, doña Cristina.

CRISTINA.—Ya me lo pagó...

ISABELINA.—¿Ya? ¿Cuándo?

CRISTINA.—Ahora.

ISABELINA.—¿Con qué?

CRISTINA.—Contigo. Buena suerte para ti y para el hijo, Isabelina.

ISABELINA.—Para todos, lo sea. *(Retirándose.)* Con su permiso, eh..., y cuando usted mande haremos el papel con los testigos, que le doy el prado a responder.

LORENZO.—¿El prado?

ISABELINA.—Más no tengo.

LORENZO.—¡Pero entonces te vas a quedar sin nada, Isabelina!

ISABELINA *(Sonriendo.)*—Quedo con el hijo.

LORENZO.—No te lo agradecerá.

ISABELINA.—Es muy pequeñín todavía para alcanzar de eso ahora

LORENZO.—Ni después tampoco.

ISABELINA.—Puede ser, que ya se vieron casos, y a la puerta misma de ustedes llama uno...; pero que el hijo me tenga contraley mañana no me salva a mí de la ley mía para hoy.

LORENZO.—No

ISABELINA.—Y si yo no le diera causas ahora para agradecido, ¿de qué le iba a decir yo mañana que era desagradecido?

LORENZO.—Puede que tengas razón.

ISABELINA.—¿Lo ve, don Lorenzo? Ya sé que algunos se vuelven como tigres...; ¿pero de pequeñitos quién los va a tener más que de corderos? Nadie conoce lo que traerá el día de mañana; pero aunque lo supiéramos, aunque se viera tan claro

como el día de hoy, sería de mala entraña el decirles: "Te castigo ahora, te pego ahora, que eres un cordero, por si acaso mañana fueras un tigre..." ¡No, eso no, señor!

LORENZO.—Tienes razón, Isabelina.

ISABELINA.—Pues ya es tener bastante. Con su permiso, eh... *(Mutis foro.)*

LORENZO.—No me duele ese dinero... *(Vuelve a la mesa.)*

TEODORA *(Aparte, a Cristina.)*—Hacías bien en temer con Dionisio. ¡Es un canalla!

CRISTINA.—Ya no importa lo que sea.

TEODORA.—¡Despréciálo!

CRISTINA.—No puedo. Los desprecios ya los tiene todos él para mí..., y a mí no me queda más que recibirlos ¡¡y la vergüenza y la ira de una humillación inútil!!

TEODORA *(Para que no se entere Lorenzo.)*—Cuidado...

ESCENA XI

CRISTINA, TEODORA, LORENZO; por foro, MICAELA, y después, SATURIO.

MICAELA *(Entrando rápida.)*—¡Ya vienen, don Lorenzo, ya vienen!

LORENZO.—Bueno. ¿Llegó el coche?

MICAELA.—No volcó, no, señor.

LORENZO.—¡¡Micaela!!

SATURIO *(Entrando.)*—Ahí están ya los lobos.

TEODORA.—¡¡Saturio!!

SATURIO.—El dolor es que no lo sean de verdad, que con los mastines en el patio se acababa pronto la camada.

TEODORA.—¡¡Calla, Saturio!!

SATURIO.—Bueno, callado.

MICAELA *(Que escuchaba.)*—¡Que vienen, don Lorenzo!

LORENZO.—¿Y por qué no han de venir? Sal tú, Cristina.

.. *(Mutis Cristina; Saturio y Micaela por foro.)*

TEODORA.—Ten calma...

LORENZO.—La tendré.

TEODORA *(Suplicando.)*—¡¡Lorenzo!!

LORENZO.—Ve tranquila. Yo lo estoy... o parecerá que lo estoy.

(Mutis de Teodora por derecha.)

ESCENA XII

LORENZO; por foro, CRISTINA, EUGENIA, IGNACIO y ALBERTO.

EUGENIA *(Corriendo a abrazarle.)*—¡Papá!

IGNACIO *le abraza también.*

ALBERTO *(Dándole la mano.)*—Don Lorenzo...

LORENZO *(Que se dejó abrazar sin corresponder.)*—¿Venís muy fatigados del viaje?

EUGENIA.—No... Nada.

LORENZO.—Pues hablemos de negocios.

EUGENIA *(Protestando.)*—¡Papá!...

ALBERTO.—Nosotros no tenemos impaciencia ninguna. Resolverlo, sí, pero cuando usted quiera y como usted quiera, que Ignacio, mi mujer—y no hablemos de mí—, lo primero que deseamos es guardarle a usted un gran respeto.

LORENZO. — Entonces cambiasteis mucho los tres...

IGNACIO.—Nada. Es que tú llamas falta de respeto a cuanto no sea hacer tu voluntad.

EUGENIA.—Y ya reconocemos que tienes quejas fundadas de nosotros...

ALBERTO.—Pero ahora no se trata de eso.

LORENZO.—Es verdad. Se trata de pedirme cuentas a mí..., no de pedirlas yo a vosotros, que eso no es tan interesante. Sentaos, si queréis.

ALBERTO.—Usted reconocerá que no fuimos impacientes.

IGNACIO.—¡Van cinco años!

ALBERTO.—Y aun ahora por necesidad absoluta, que yo he de montar una sala de operaciones con otros dos compañeros médicos.

LORENZO.—Es una razón.

IGNACIO.—Y yo voy a emprender un viaje muy largo.

LORENZO.—Es otra razón.

CRISTINA.—Ignacio, Ignacio...

IGNACIO.—¿Qué? Después de todo, no se agra-

via a nadie pidiendo lo nuestro y lo que las leyes nos han concedido siempre.

LORENZO.—No. Todas las leyes, no. En la Grecia antigua y en Roma durante mucho tiempo, los padres podían disponer libremente de sus bienes.

IGNACIO.—Puede que sí...; pero todo eso está algo lejos, papá.

LORENZO.—¿Quieres el ejemplo más cerca? En los Estados Unidos, hoy, no existe la legítima forzosa. En Méjico, hoy, basta con dejar alimentos a los descendientes. En Inglaterra..., "hoy, predomina la vinculación, como en Castilla, por muchos siglos, predominó el mayorazgo, y como en Cataluña, hasta hace muy poco, hubo el *hereu*, es decir, que no pasaba la herencia a los hijos por razón de hijos, sino al hijo mayor, por razón de continuar la casa".

IGNACIO.—Convencido, papá.

LORENZO.—¿Quieres más cerca? En Navarra, hoy no hay legítima; en Aragón, hoy no hay legítima..., "a no ser que llaméis legítima a la obligación de legar cinco sueldos carlinos, equivalentes a un ducado; es decir, en moneda actual, a un duro escaso".

IGNACIO.—Convencidísimo, papá. No saques más textos.

LORENZO.—Te lo decía únicamente para desvanecer el error en que estabas suponiendo que los hijos tuvieron siempre ni tienen ahora en todas partes un derecho indiscutible.

EUGENIA.—Y es bien natural que los hijos hereden.

LORENZO.—Sí; los buenos, sí; pero los malos, no.

ALBERTO.—Contra eso ya cabe la desheredación por causa justa.

LORENZO.—Sí...; pero el Código habla de los hijos que asesinan a los padres con un puñal, de los que le roban con una ganzúa...; de lo extraordinario y de lo monstruoso. Y el padre habla de los hijos que le matan a disgustos y de los que le arruinan con sus calaveradas, de todas esas acciones, que cada una de ellas se perdona de buen grado, pero que juntas y repetidas son imperdonables. Esas son las causas justas de un padre, y las otras, las que menciona el Código, son las de un hombre cualquiera contra cualquier criminal que entra en la casa.

ALBERTO.—Exacto; sí, señor.

LORENZO.—Y ni aun esos motivos nos servirían, que para determinarse a poner en un testamento, como baldón perpetuo: "le desheredo por bandido y por canalla...", DEMOSTRÁNDOLO y PROBÁNDOLO, para eso, aun no sería bastante con que el hijo fuera así: sería menester, además, que el padre tuviera también un alma así.

ALBERTO.—Afortunadamente, aquí no concurren esas circunstancias excepcionales, y todo queda reducido al cumplimiento de una ley.

LORENZO.—Eso es. Al cumplimiento de una ley..., ¡tan inicua y tan odiosa!, que, al fin de la vida, cuando las privaciones son muy sensibles y los disgustos son ya enfermedades, autoriza a los hijos para exigirle a los padres que no vivan ya como han vivido, que se reduzcan, que se amolden a estrecheces y a miserias, que se arrinconen donde puedan..., mientras ellos disfrutan o emprenden, como tú, un viaje muy largo de placer...

ALBERTO.—Nosotros lo pedimos para establecernos y para trabajar.

LORENZO.—Y lo tuyo no lo regateo, que cuando de veras lo precisan, la legítima que se da no fué nunca el tercio ni los dos tercios, sino todo..., todo y más todavía.

IGNACIO.—Entendámonos de una vez. ¿Te parece mal o bien que se herede?

LORENZO.—Que hereden, sí, muy bien...; pero que hereden a los muertos y no a los que aun viven, que eso no es heredar, sino despojar. Y la ley inicua, la mala ley es la que otorga derecho para reclamar la herencia de los padres mientras uno de ellos vive todavía.

CRISTINA.—Es inicua, sí...

LORENZO.—Por esta ley han de tenerle miedo los padres a los hijos; por esta ley han de prevenirse contra ellos, que si van noblemente y confiados, al quedar el marido solo, o lo que es peor, la mu-

jer sola, viene el hijo, sabe su derecho, lo reclama, lo consigue y la despoja. ¡No! Dígalo el Código, dígalo quien lo diga, es inicuo, desde la cuna, el despertar en los hijos la codicia y el despertar en los padres el recelo.

IGNACIO.—La teoría tuya es que aguardemos por los siglos de los siglos.

LORENZO.—Sí..., por los siglos de los siglos, que los padres siempre tardan en morirse.

CRISTINA *(Abrazándole.)* — ¡¡No digas eso, papá!!

ALBERTO.—La realidad de nuestro derecho es tan incuestionable...

LORENZO.—Vamos a vuestra realidad. No desconoceréis que la cifra convenida y proporcionada entonces ya no está en proporción a la fortuna de ahora.

ALBERTO.—Pero el derecho de Eugenia data de entonces, y no se va a perjudicar porque haya tenido la deferencia de no reclamarlo antes.

CRISTINA.—Alberto...

LORENZO.—Sabéis que no he derrochado en mí, gastándose todo en vuestra educación y en sosteneros en un nivel muy superior a mis fuerzas.

IGNACIO.—Pues dispensa que te lo diga, papá. Si nos has dado lujos y necesidades que no podíamos conservar..., ¡nos hiciste un flaco servicio!

CRISTINA.—¡Ignacio!...

LORENZO.—Pensé torpemente que os defendía más para la vida colocándoos en buenas condiciones de luchar... Fué un error. Perdóname, Ignacio.

CRISTINA.—Papá...

LORENZO.—Un error..., y lo menos que puede hacer tu hermano es echármelo en cara. Si me hubiera desentendido de vosotros, a lo indispensable y a nada más, hoy no tendría Ignacio ese orgullo ni esa gran razón contra mí..., y yo tendría entera la fortuna. Evidentemente fué un error para todos mi exceso de cariño...; no supe ser buen padre para vosotros..., ni buen administrador para mí.

CRISTINA.—Papá...

LORENZO.—Evidente. Sigamos. Para que se paguen de un golpe vuestros catorce mil duros necesito acumular las rentas de tres años. Y como hemos de vivir, reducidos, estrechados, pero vivir, la renta de cinco, por lo menos. ¿Vosotros no podéis aguardar ese tiempo? *(Pausa.)*

CRISTINA.—¡Contestad!

LORENZO *(Una pausa.)*—Ya contestaron. Que no pueden. Bien... Por consecuencia, hay que vender. ¿Sabéis lo que supone vender tierras con el agobio de una prisa? ¿Sabéis que eso puede acarrearme la ruina total? *(Levantándose.)* ¿Lo sabéis y queréis que sea? ¿Lo queréis? ¿No os importa mi ruina? *(Pausa.)*

CRISTINA.—¡Contestad! ¡Contestad, por Dios!

LORENZO *(Una pausa.)*—Ya contestaron. Que no les importa. Bien...

ALBERTO.—No es el apuro de hoy ni de mañana. Un mes, por ejemplo...

LORENZO.—Bien. Antes de cumplirse un mes se pagará vuestra legítima. Tenéis razón legal y se acabaron las demás razones. *(Marchando.)* Se acabaron..., se acabaron...

EUGENIA.—Has de comprender, papá, que...

LORENZO *(Volviéndose rápido.)*—Lo comprendo todo..., absolutamente todo...; pero que me llames ahora padre no lo comprendo... *(Marchando.)* No lo comprendo, no lo comprendo... *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA XIII

DICHOS, menos LORENZO.

IGNACIO.—Yo no le quise replicar nada porque en seguida se pone por las nubes.

CRISTINA.—¿Y no le sobra motivo, Ignacio?

IGNACIO.—¿Vas tú también a sermonear?

CRISTINA.—No. Pero lo que él se ha callado por dignidad os lo puedo yo decir por cariño. No apuréis así al pobre papá, que...

IGNACIO.—Que no quiere pagar.

CRISTINA.—¡Ignacio!

ALBERTO.—Ya descontábamos que habría un

momento desagradable, pero venimos dispuestos a no ablandarnos por sensiblerías.

CRISTINA.—¡No dejes tú que digan eso, Eugenia! Ayúdame tú a convencerles de que es un bien para todos el aguardar un poco...

EUGENIA.—Yo no...

CRISTINA.—¡¡Eugenia!!

EUGENIA.—Lo siento mucho, pero también nosotros hemos de vivir...

CRISTINA.—¿Será posible que no queráis haceros cargo de las circunstancias suyas?

IGNACIO.—Ni él de las nuestras.

CRISTINA *(Revolviéndose airada.)*—¿Las tuyas? Pero las tuyas ¿cuáles son, Ignacio? Las de un holgazán, las de un vicioso...

IGNACIO *(Dispuesto a pegar.)*—¡¡A ver si te hago yo callar de otra manera!!

ALBERTO *(Interponiéndose.)*—¡¡Vamos, Ignacio!!

IGNACIO.—¡¡Pues que cierre la boca!!

ALBERTO.—Ya sabes que ésta siempre se puso al lado del padre.

EUGENIA.—Por la cuenta que le tiene.

CRISTINA.—¿Y qué cuenta me tiene vivir en una aldea, aislada del mundo y sin una diversión?

EUGENIA.—Ahora no; pero te aprovechas de que no podemos estar nosotros para irle ganando la voluntad y que te deje mejorada en el testamento.

CRISTINA *(Echándose a ahogarla.)*—¡Ay, qué infame!

EUGENIA.—¡¡Alberto!!

(Alberto e Ignacio las separan.)

IGNACIO.—Te dolió mucho que lo descubrieran, ¿eh?

CRISTINA *(Con asco.)*—Sí, mucho. Pero ya veo que es inútil el intentar nada con vosotros. Venís por dinero, no atendéis sino al dinero y de todos pensáis que se mueven y que respiran únicamente por dinero. ¡Pues hale, hale, a coger dinero y a nada más!

ALBERTO *(A Ignacio.)*—Abreviaremos la entrevista fraternal.

IGNACIO.—Ven, Eugenia.

CRISTINA.—Sí, marchaos, marchaos.

EUGENIA.—Pero no te figures que han de valerte las mañas.

IGNACIO.—Y si logras, por fin, embaucar al padre, será para ti una de pleitos y de disgustos que renegarás de haberlo conseguido.

CRISTINA.—¡¡Renegaré, renegaré!! ¡Pero marchaos de una vez!

IGNACIO.—Calma, calma...

EUGENIA.—Que estamos aquí con igual derecho que tú.

IGNACIO.—Y si quieres paz, ya sabes cómo. Puesto que somos tres hijos, que la herencia de papá se divida en tres partes,

CRISTINA.—Somos tres, sí. Para coger, para reclamar, para heredar..., para como queráis llamarle a eso, sí, somos tres. ¡Pero hijos, no, no somos tres!

IGNACIO.—¿Pues qué somos?

CRISTINA.—Accionistas..., acreedores..., cualquier cosa mercantil y comercial, ¡¡pero hijos, no; mentira!!

EUGENIA.—Aunque no quieras tú: hijos.

CRISTINA.—¡Falso! ¡Falso! ¡Don Lorenzo de la Hermida no tiene más hija que yo!

IGNACIO *(Riendo.)*—¡Bah, bah!...

EUGENIA *(Riendo.)*—Eso quisieras... *(Mutis los tres por la derecha.)*

CRISTINA.—¡¡Yo sola, yo sola!! ¡¡Nada más que yo!!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración. Es por la tarde y al día siguiente.

ESCENA PRIMERA

MICAELA, *con una maleta de viaje en cada mano, atraviesa de izquierda a foro y vuelve a entrar sin ellas.* TEODORA, *por derecha.*

TEODORA.—¿Andas al avío de la marcha?

MICAELA.—Sí, señora. El baúl ya lo bajaron, dos maletas las puse en el zaguán y ahora voy por la otra.

TEODORA.—No te canses, mujer. Que lo haga un zagal.

MICAELA.—Para entrar ayer el equipaje se acudió a un zagal, sí, señora, que los de dentro de casa nos repuchamos a servirles; pero en cuanto *y que* han dicho a marchar, ¡todos de cabeza a servir!

TEODORA.—No está bien eso, Micaela, que, al fin, son los hijos del amo.

MICAELA.—Dice usted verdad; pero aquí no les quiere nadie..., y también yo digo verdad.

TEODORA.—Que no vuelva a oírte esas expresiones, ¿eh?

MICAELA.—Bueno.

TEODORA.—¿Sabes si prepararon el coche?

MICAELA.—El Saturio andaba en ello. *(Llamando desde la ventana.)* ¡Saturio! ¡Tú, Saturio!

ESCENA II

DICHOS. SATURIO, por fuera, en la ventana.

SATURIO.—¿Qué pides?

MICAELA.—La señorita pregunta si está el coche.

SATURIO *(Asombrado.)*—¡¡Y no ha de estar!! Darme el *recao* y salir yo..., ¡todo uno! Decirle al cochero que era para llevarse de aquí a los señoritos y *preparao* el coche, ¡todo uno! Y hasta la mula pelirroja, que en oyendo *na* más los cascabeles pega *ca patá* que mete miedo, hoy se ha dejado poner los arreos como una malva. *Pa* mí que la pelirroja se lo ha olido y se ha dicho: bueno, si es para llevarse a la camada, con mucho gusto que me enganchen.

TEODORA.—Ella que piense como quiera, pero vosotros vais a tener un encuentro con el amo.

MICAELA.—Puede que se incomode por la fachada...; pero ¿se apuesta usted a que de boca *pa atrás* se está diciendo: tienes razón, Saturio; tienes

razón, Micaela; y a la pelirroja que le echen hoy más cebada?

TEODORA.—Que no os oiga, por si acaso. Aun siendo verdad, le ha de saber mal que todos lo repitan.

MICAELA.—¡Es que no *pué* una contenerse!

TEODORA.—Pues procurarlo, procurarlo. *(Mutis por izquierda.)*

ESCENA III

MICAELA y SATURIO.

MICAELA.—¿Te *paece* a ti, hombre?

SATURIO.—¿El amo no ha dicho que les paga? Pues ya está dicho todo con el amo. Con la hermana ya se pelearon. ¿Qué más quieren con la hermana? Y los criados, después de que llaman seis veces, aun vamos diciéndoles: "No había oído, señorito." ¿Qué más quieren con los criados? ¡Que se larguen, mujer, que se larguen!

MICAELA.—¡Y entre ellos hay qué ver, Saturio! Por la tarde no se volvieron a juntar, y de noche, a la mesa, no se hablaron palabra. El yerno decía alguna cosita, *pa animar,* y los de casa respondían: no..., sí..., sí..., no..., ¡y Dios no *s'animaba,* Saturio! ¡Que se larguen, hombre, que se larguen!

SATURIO.—Esa es la mía.

MICAELA.—Igual yo. ¿Te fijas, Saturio?

SATURIO.—¿En qué?

MICAELA.—En el pensar iguales de tú y yo. Lo que tú dices, yo conforme; y lo que yo hablo, como soplado por ti... ¡Poco habíamos de pelear si fuéramos cosa de más unidos!...

SATURIO.—Poco...; pero yo no caso, Micaela, y así aun peleamos menos.

MICAELA.—Ni yo te eché puntada ninguna para eso.

SATURIO.—Ya sé que no.

MICAELA.—Que ni por las mientes se me pasaba.

SATURIO.—Ya sé que no.

MICAELA.—Y si quisiera, mejores que tú los tendría.

SATURIO.—Ya sé que sí... Y eso es lo que me pasa contigo, porque de seguida pienso: le voy a quitar mejor..., y es una lástima.

MICAELA.—Pero una es tan boba que se deja llevar de las simpatías..., y coge lo que vale menos a veces.

SATURIO.—Pero de esta vez no es.

MICAELA.—Ni yo quiero.

SATURIO.—Entonces, no queriendo tú, no *pué* pasar nada entre nosotros. Y voime a la cuadra, que es hora de piensos.

MICAELA.—Ve..., aunque en ti eso no es ir, sino seguir.

SATURIO.—Bueno; desprecia.

MICAELA.—Y no mereces otro roce.

SATURIO.—Bueno; insulta... ¡Pero casar no caso, Micaela! *(Mutis.)*

MICAELA.—¡Ni falta que hace!

ESCENA IV

MICAELA; HILARIO, por foro.

HILARIO.—Hola...

MICAELA.—Hola, don Hilario. Avisaré.

HILARIO.—Aguarda. Precisamente quería hablarte de un asuntito. Sé el amor que tienes a esta casa, y para evitar una locura, debo prevenirte.

MICAELA.—¡Para aliviarles, lo que usted quiera!

HILARIO.—Don Lorenzo está muy excitado, y con tal de pagar cuanto antes es capaz de hacer un desatino y vender en condiciones deplorables. Eso hay que impedirlo, Micaela.

MICAELA.—¡Ya lo creo que sí! Mándeme, don Hilario.

HILARIO.—Tú estás a la mira, procuras enterarte, y en cuanto sepas que hay alguna proposición de compra, me mandas a buscar inmediatamente.

MICAELA.—Muy bien.

HILARIO.—Y yo, por el cariño que también les tengo, doy más todavía de lo que el otro les ofrezca.

MICAELA.—¿Y por qué no da usted ese más desde luego?

HILARIO.—Los negocios hay que tantearlos primero, mujer.

MICAELA.—Muy bien.

HILARIO.—¿Comprendes?

MICAELA.—Empiezo ahora...

HILARIO.—Gana tu amo, gano yo... y también tú, que tendrás, naturalmente, una buena recompensa. ¿Comprendes?

MICAELA.—Voy despacio, pero voy... ¿usted les tiene cariño, verdad?

HILARIO.—Grandísimo.

MICAELA.—Muy bien... Pero aclareme un puntito negro, don Hilario. Ese cariño grandísimo que tiene usted..., ¿es a los amos o a las fincas?

HILARIO.—A todo. Si las pueden conservar, me felicito, y si no, que vayan siquiera a buenas manos.

MICAELA.—Y para que usted se las lleve muy baratas, ¿que pregunte yo, que averigüe yo y que ande yo de Judas por la casa?

HILARIO.—¡No, mujer!

MICAELA.—Eso, estando usted seguro de que les quiero...; ¡si lo llega a estar de que no les quiero, no sé qué más perrería me colgaba!

HILARIO.—Esta no lo es.

MICAELA.—Usted lo sabrá mejor, que de sus intenciones viene; pero yo estoy a la antigua, a cuan-

do el cariño no servía más que para quererse, y no a la de ahora, que sirve también para robarse.

HILARIO.—Esa expresión es muy impropia...

MICAELA.—Lo será para los finos, como aquel Braulio, el que se llevó unas pesetas del Ayuntamiento, y aun no le decían que las robaba, sino que las divertía.

HILARIO.—Que las distraía.

MICAELA.—Una cosa alegre, sí, señor. Pero entre nosotros, al que se lleva algo le llamamos ladrón nada más. Puede que no sea muy legal, pero es muy claro.

HILARIO.—Yo no te propongo nada que se parezca a eso.

MICAELA.—¡A peor, don Hilario! ¿Valerme de la confianza y del aprecio en que me tienen para descubrirles? No, señor, no. Para eso, busque a otra.

HILARIO.—Preocupaciones tuyas.

MICAELA.—Puede; pero si yo lo hiciera un día íbame a quedar con mal sabor para todos los días. Busque otra.

HILARIO.—No seas tonta, que esto no es nada perjudicial para los amos, y tú puedes ganarte una cantidad muy bonita, y sin que nadie tenga por qué saberlo.

MICAELA.—Muchas gracias; pero si no estuviera ya en negarme de por mí, el que me paguen a escondites una cantidad muy bonita ya me dice

bien lo fea que es la acción en que había de meterme. Dispense... y busque a otra, don Hilario; busque a otra. *(Mutis por foro.)*

ESCENA V

HILARIO; por izquierda, LORENZO.

LORENZO.—¿Hay algo?

HILARIO.—Una oferta por la casa. Diez y ocho mil duros...

LORENZO.—¿Está usted en su juicio? A ojos cerrados vale el triple...

HILARIO.—¿Quién lo duda? Y mi opinión es que no se debe aceptar...; pero tampoco hay que hacerse muchas ilusiones, don Lorenzo, que por su valor justo no compran sino lo que no se vende.

LORENZO.—¡Ya lo sé!

HILARIO.—Y lo puesto en venta, para ser comprado ha de ir tirado.

LORENZO.—¡Pero no de esa manera!

HILARIO.—Aguardaremos a que suban un poco. ¡Lo malo es la urgencia!

LORENZO.—Hay un mes de plazo.

HILARIO.—No es nada eso. Y sabiendo todos el apuro a fecha tan próxima, no me sorprendería que a final de mes el de los diez y ocho le ofreciera doce...

LORENZO.—¡Bajar aún!

HILARIO.—Es lo natural. Cuanto más apuro, más desprecio... y más negocio.

LORENZO.—*(Sentándose desesperado.)*—¡¡Pero esto es horrible!!

HILARIO.—Horrible, sí, señor. ¿Por qué no sigue usted mi consejo, don Lorenzo? Vamos al pleitecito.

LORENZO.—No.

HILARIO.—¡Tan preciosos y tan socorridos como son los pleitos!

LORENZO.—No.

HILARIO.—Le respondo yo de que no cobran.

LORENZO *(Levantándose.)*—Y yo le digo a usted que cobrarán inmediatamente. Por encima de todo, aunque se hunda todo, cobrarán hasta el último céntimo y en el plazo convenido.

HILARIO.—Entonces seguiremos buscando comprador, y sin rechazar por completo al actual.

LORENZO.—Yo también buscaré.

HILARIO.—Perfectamente. Pero créame que es una gran equivocación mezclar el orgullo y el dinero. ¡No, don Lorenzo! En cuestiones de dinero no marchan desahogadamente más que el Banco de España... y los tramposos.

LORENZO.—Yo no soy el uno y no quiero ser de los otros.

HILARIO.—¡Pues al término medio! ¡Al pleitecillo! A reconocer la deuda, que es lo decente, y a no pagarla, que es lo cómodo.

LORENZO.—Le repito a usted que no.

HILARIO.—Bien. Banco no es, pleitear no quiere..., ¡en la calle le veo, don Lorenzo!

LORENZO.—Si esa es mi suerte... ¡que sea!

HILARIO.—¡Allá usted! Continuaré buscando... *(Mutis por el foro.)*

ESCENA VI

LORENZO; por derecha, TEODORA.

TEODORA.—¿Era don Hilario? ¿Hay algo?

LORENZO.—Nada bueno. ¡Una oferta mezquina, miserable...! Me ven agobiado y se aprovechan todos...

TEODORA.—¿Todos, Lorenzo?

LORENZO.—Menos tú.

TEODORA.—¿Y Cristina? No te des por enterado, pero conviene que yo te lo diga para que sepas tú lo que ella te adora. Anteayer le pidió relaciones Dinonisio, y ella se negó.

LORENZO.—Hizo muy bien si no le quiere.

TEODORA.—En seguida recibiste la carta de los chicos, te vió a ti desesperado, y no atendiendo más que al afán de salvarte, llamó a Dionisio nuevamente y le aceptó.

LORENZO.—No me sorprende ese arranque de su corazón, pero yo no lo puedo permitir. ¡Hoy mismo se rompen esas relaciones!

TEODORA.—No hace falta ya. Dionisio no se

atrevió en su misma cara a rechazarla, pero después dió media vuelta y la ha dejado.

LORENZO.—¿La despreció? ¿Y por causa mía se ve humillada esa pobre criatura? ¡Viejo soy, pero no tanto que me tiemble la mano para abofetearle!

TEODORA.—Bien harás.

LORENZO.—¿Que si lo haré? Donde lo encuentre, el primer día que lo encuentre; y si tarda en volver, iré a buscarle.

TEODORA.—Lo merece, Lorenzo; pero a ella no le digas ni una palabra.

LORENZO.—Ni una.

TEODORA.—No aumentes ya la ira y la mortificación que tiene sobre su alma esa pobrecita.

LORENZO.—Ni una, ni una. Te lo prometo.

TEODORA.—¡Y ya ves si es brava y si es animosa! Desde el amanecer anda en los trajines de la casa y animando a todos. A la gañanía fué antes de que los gañanes salieran para el campo, y les dijo: "Muchachos, si queréis algo al amo, hay que trabajar un poco más, que han venido malos días para nosotros..." Fué al establo a tiempo que ordeñaban, y acariciándolas les decía: "Hay que dar más leche, vaquitas, para que también nos defendáis vosotras..." Y después fué a la capilla para decirles a los santos: "Yo bien os cuido y bien os rezo, y si yo miro tanto por vuestra capilla, ¡mirad un poco vosotros por mi casa!"

LORENZO.—Tiene razón.

TEODORA.—Y mientras, a trabajar de firme. Ya verás cómo salimos adelante.

LORENZO.—¡Ojalá!

ESCENA VII

DICHOS. CRISTINA, por foro.

CRISTINA *(Con el traje del primer acto.) (Muy alegre.)*—¡Traigo una gran noticia, papá!

LORENZO.—¿Cuál es?

CRISTINA.—¡Adivina!

LORENZO *(Sonriendo.)*—No sé...

CRISTINA.—Pues allá va. *La Pintada* y *La Primorosa* han tenido un ternero cada una, grandes, enormes, que van a hacer una pareja de bueyes colosal. De cuatro mil pesetas lo menos, ¿eh?

TEODORA.—Buena noticia.

CRISTINA.—Me la contó Periquín, el zagal de *La Junquera,* que viene con el recado ahora, y como me la contó en el momento mismo que yo salía de la capilla, por si era ya un modo de responderme, he vuelto a entrar escapada y le he dicho a Santa Cristina: "Muchas gracias, Santa Cristina."

LORENZO.—Has hecho bien.

CRISTINA.—Y después le dije a San Lorenzo: "Vas a quedar mal, San Lorenzo, si no me traes también tú buenas noticias..." Y aguardándolas

estoy, que para eso le he picado al santo de celillos.

TEODORA.—Y vendrán.

CRISTINA.—Sin duda ninguna. ¿Quién apuesta conmigo?

LORENZO.—Yo..., yo... *(Y acercándose, coge la mano de Cristina y la besa repetidas veces.)*

CRISTINA.—¿Qué haces, papá?

LORENZO.—Nada, nada...

CRISTINA.—¿Pero por qué?

LORENZO.—Por nada, por nada..., ¡o por todo, por todo!

CRISTINA *(Abrazándole.)*—Vamos, no seas bobo, papá...

ESCENA VIII

DICHOS. SATURIO, por foro.

SATURIO.—Señor amo... Don *Donisio*, que si pasa...

LORENZO *(Desprendiéndose violento.)*—¡¡No!!

TEODORA.—¡Que no!

CRISTINA.—Que sí.

LORENZO.—¿A qué viene?

CRISTINA.—El lo dirá. Que pase. *(Mutis Saturio.)* Debe una explicación, y si la desea, no somos nosotros los llamados a retrasarla... ni a temerla tampoco.

TEODORA.—Oídle..., y después...

CRISTINA.—Después, lo que nos dé le gana, que eso sí que es cuenta nuestra nada más.

TEODORA.—Bien. *(Mutis por derecha.)*

ESCENA IX

CRISTINA, LORENZO; por foro, DIONISIO.

DIONISIO.—Buenos días.

LORENZO.—Buenos días.

DIONISIO.—Vengo por dos motivos. Uno, con usted, y otro con esta señorita, si ella y usted me lo consienten. Empezaremos por el suyo, don Lorenzo.

LORENZO.—Usted escogerá.

DIONISIO.—A la hora de haber estado aquí anteayer—puede que ni a la hora—, sabía ya el conflicto que le provocaban a usted sus hijos..., los otros hijos.

LORENZO.—Pronto.

DIONISIO.—Unos fueron a contármelo nada más, y otros, como el don Hilario ése, a proponerme ya la adquisición de las tierras de usted colindantes de las mías.

LORENZO.—Y usted contestó...

DIONISIO.—No contesté nada. Hice disponer el auto, que me llevara al tren; estuve en Madrid, y he vuelto ahora, dejando dispuesta la cantidad que usted necesita.

CRISTINA *(Levantándose.)*—¡Dionisio!

LORENZO.—Muchas gracias por la molestia que usted se ha tomado, pero nada más que por la molestia. El dinero no lo admito.

DIONISIO.—¿Por qué?

LORENZO.—Basta con que no lo quiera.

DIONISIO.—Ya me dirá usted después las razones de rechazarlo, pero escúcheme antes las de ofrecerlo. Y bien entendido que no se trata de un regalo, para el que no tengo títulos, sino de un anticipo, que usted me devolverá a los seis años o a los ocho, y pagándome como el Banco por el papel un interés del cuatro por ciento.

CRISTINA.—Habría sido preferible que dijera una palabra anunciando su marcha.

DIONISIO.—Ese es el error de usted..., o el mío. Pero yo no quise, deliberadamente no quise decir ni una sola palabra de afecto sin haber dicho antes todas las del dinero. ¡Me irritaba, me repugnaba esa mezcolanza! Y si, después de esto, aun sigue usted creyendo que hice mal, dispénseme usted, Cristina.

CRISTINA.—Yo no tengo nada que dispensar..., pero mi padre aguarda por las razones ofrecidas.

DIONISIO.—Vamos a ellas. Yo soy rico, nada más que un rico..., y un hombre rico, donde hace falta dinero y no acude con dinero inmediatamente, queda ya en una situación muy desairada.

LORENZO.—Nadie se lo ha pedido.

DIONISIO.—Nadie...; pero aguardando a que

lo pidieran, aun quedaba más desairado todavía. Eso, en cuanto a mí. En cuanto a usted, he visto que le atropellaban, que le ponían en trance de malvender sus fincas, creándole un serio compromiso, y he pensado que si yo lo podía evitar, no causándome además extorsión ninguna, estaba en el deber de acudir y de evitarlo.

LORENZO *(Secamente.)*—Gracias.

DIONISIO.—El daño moral no cambiará en nada porque usted resuelva de un modo o de otro la cuestión de intereses; pero el daño material será algo menor con esta solución. Y aun dentro de lo que usted sufra y de lo que a usted le indigne la conducta de esos hijos, me figuro yo que para usted ha de ser una satisfacción muy grande el poder responderles: "¿Es dinero, no es más que dinero lo que apetecéis de mí? Pues tomadlo ahora mismo, y que os lleve Dios en paz donde vayáis."

LORENZO.—¡Ay, eso sí!

DIONISIO.—Pues eso le ofrezco.

LORENZO.—Gracias, Dionisio, pero no, ¡no!

DIONISIO.—La voz de usted decidirá, Cristina.

LORENZO.—Por ella, precisamente, no puedo, ni debo, ni quiero.

DIONISIO.—Perdón... Habíamos quedado en que lo de ella se hablaría después, y que ahora no mezclaríamos nada, en absoluto nada, con la cuestión del dinero... para no envilecer la otra cuestión. Cristina, le suplico a usted que intervenga... *(Pausa.)* Lo buscan de un extraño, de un cual-

quiera..., ¿y lo rechazarán de un amigo? ¡Cristina!

CRISTINA.—Acéptalo.

DIONISIO.—Gracias.

LORENZO.—¿Con hipoteca?

DIONISIO *(Indiferente.)*—Con hipoteca.

LORENZO.—Pues acepto.

DIONISIO.—Veintiún mil, ¿verdad?

LORENZO.—Catorce solamente.

DIONISIO.—¿En un cheque?

LORENZO.—En dos. ¡Saturio, Saturio! Venir por dinero sin tener para mí una sombra de consideración, y yo, considerando aún y amante aún, darles dinero, responderles con dinero, cubrirles con dinero... ¡Ay, qué alegría! ¡¡Saturio!!

DIONISIO *(Entregándole los cheques, que ha firmado.)*—A cobrar en Madrid.

LORENZO.—¡¡Gracias!!

ESCENA X

DICHOS. SATURIO, por foro.

SATURIO.—¿Señor amo?

LORENZO.—¿Dónde están?

SATURIO.—Por el campo; pero ya fueron tras de ellos, que es la hora de marchar.

LORENZO *(Empujándole y saliendo con él.)*—No importa. Ve también tú. ¡Corre!

SATURIO.—Bueno.

LORENZO.—¡¡Corre, Saturio, corre!!

ESCENA XI

CRISTINA y DIONISIO.

DIONISIO.—No me equivocaba en que sería una satisfacción el pagar; pero pagando así, como quien lo tira y lo desdeña.

CRISTINA.—No se equivocaba, no.

DIONISIO.—Y ahora que este asunto se ha liquidado, permítame usted unas palabras más.

CRISTINA *(Sentándose e invitándole a sentarse.)* Las que usted guste.

DIONISIO *(Sigue en pie.)*—Es que voy a ir yo—y la voy a llevar a usted—por el camino de las verdades..., y ése es camino de mal andar.

CRISTINA.—No importa.

DIONISIO.—¿Lo prefiere usted?

CRISTINA.—Sí. Con una condición. Que si al forzarme a ello, en mis palabras saliera alguna espina y me clavara a mí—o le clavara a usted—, ni usted ni yo nos ofendamos.

DIONISIO.—Aceptado.

CRISTINA.—Pues hable... ¡¡Hable!!

DIONISIO.—Ante todo, sepa usted que no me preocupa nada materialmente la cuestión de esas pesetas. Si devuelven el vencimiento, bien; si hay que prorrogar el plazo, bien, y aunque se perdieran, bien igual.

CRISTICA.—Eso no disminuye el favor... ni el agradecimiento.

DIONISIO.—¿Qué, le pesa?

CRISTINA.—Sí. Lealmente, sí. Me duele sobremanera el haberle dado a usted una razón de dinero y haberme quitado yo para siempre mi pequeño prestigio de mujer desinteresada.

DIONISIO.—También a mí me mortifica; pero hemos de reconocer que nuestra mortificación o nuestro júbilo no cambia ni una línea el curso de los sucesos. Es inútil que yo pretenda buscarla a usted con el ansia única de usted misma, y de usted solamente, que la vida nos ataja pronto en ese romanticismo, diciéndome: "Búscala, sí; pero lleva dinero."

CRISTINA.—¡¡Dionisio!!

DIONISIO.—¿Mentira?

CRISTINA *(Humillada.)*—No, verdad.

DIONISIO.—Como es inútil que usted se afane soñando en el hombre únicamente caballeroso y enamorado, porque la vida le dice: "Búscalo así, búscalo; pero, además, con dinero."

CRISTINA.—Dionisio...

DIONISIO.—¿Mentira?

CRISTINA.—No, verdad.

DIONISIO.—Y todos, soñadores o muy prácticos, sublimes o vulgares, todos tenemos forzosamente que mezclar con nuestro amor y con nuestras ilusiones más puras, no la codicia, sino la necesidad absoluta del dinero.

CRISTINA.—Es bien triste...

DIONISIO.—Bien triste... y bien exacto. Por consecuencia, no se enoje usted conmigo si esta conversación de amor se parece un poco a una junta de consejeros de un Banco cualquiera.

CRISTINA.—Con usted, no..., con la vida, que lo quiere así.

DIONISIO.—Y por ser yo tan leal, no deje usted de apreciarme, Cristina.

CRISTINA.—A usted le consta que ha de ser algo más que apreciarle.

DIONISIO *(Sonríe con amargura, tristemente.)* Y vamos a lo que ha de ser. *(Otra pausa; decidiéndose.)* ¿Cree usted posible que una mujer se enamore súbitamente del hombre a quien acaba de rechazar?

CRISTINA.—No.

DIONISIO.—¿No es posible?

CRISTINA.—No.

DIONISIO.—Entonces, aun extremando mi vanidad hasta lo inverosímil, yo no puedo admitir que usted me llamara el otro día por una exaltación de amor. ¿No?

CRISTINA. — No. *(Dulcemente.)* ¿Una espina ya?

DIONISIO.—Una espina, sí; pero clavada y arrancada al mismo tiempo, porque ya contaba con ella. No tardé en averiguar el motivo verdadero..., y adiviné fácilmente lo demás, sabiendo la adoración de usted por su padre. Le vió sufrir, desespe-

rarse, necesitar... Andaba yo cerca en aquel momento..., y me llamó usted..., como hubiera llamado a cualquier otro, y dispuesta a sacrificarse. ¿No es así?

CRISTINA.—Así es; pero añadiendo algo: que nadie me lo impuso, y que el aceptarle a usted no tiene para mí nada de violento ni de repulsivo, y con un poco de buena voluntad que usted pusiera, quizá llegásemos los dos a no ser muy desgraciados.

DIONISIO.—Mi voluntad no faltaría..., ¡se lo juro! Y además de jurarlo voy a dar la prueba inmediata de la consideración y del respeto que a usted le guardo. Cristina, le devuelvo a usted su palabra.

CRISTINA *(Levantándose.)*—¿No quiere usted ya?

DIONISIO.—Ni quise antes.

CRISTINA.—¡Antes, sí!

DIONISIO.—No. Acepté en la apariencia y para vencer todo escrúpulo en la cuestión secundaria, infinitamente secundaria, de los intereses. ¿Hacía falta el dinero? Ahí va. Pero el hombre no hace falta..., y se va. Son dos cosas diferentes, y me corrió mucha prisa el apartar una de otra.

CRISTINA *(Amargamente.)*—Hizo usted muy bien...

DIONISIO.—Entiéndame primero. La quiero a usted..., pero no quiero el sacrificio de usted.

CRISTINA *(Asombrada.)*—¡¡Dionisio!!

DIONISIO.—Eso no lo quiero. Usted viene a mí, no por mí, sino por él. Es una gran razón para usted, pero no es razón ninguna para mí.

CRISTINA.—¿Ni aun habiéndole dicho que en mí no hay violencia para aceptarlo...?

DIONISIO.—Ni aun habiéndolo dicho. Esas palabras, en usted, son una gran cortesía; pero aplicármelas yo al pie de la letra no sería más que una torpeza. No, resueltamente, no.

CRISTINA *(Resignándose.)*—Entonces..., a concluír.

DIONISIO.—Al revés, a empezar.

CRISTINA *(Asombrada.)*—¿A empezar?

DIONISIO.—¡Claro! No es que yo la rechace ni que disimule siquiera el inmenso afán de lograrla, no; es que no la quiero vendida, sino ganada; y en mí, en la pretensión noble de aspirar a usted, no la quiero comprada, sino merecida.

CRISTINA *(Fascinada.)*—Dionisio...

DIONISIO.—Y por eso, como a pájaro que me trajeran, la compré a usted, para soltarla nada más.

CRISTINA.—¡Pero eso es de muy leal!

DIONISIO *(Sonriendo.)*—¿Y por qué no lo había de ser?

CRISTINA.—Y usted no es egoísta y desprecia el dinero, ¿verdad?

DIONISIO.—Al contrario. Lo deseo cada día más, como todo el mundo. La diferencia está en que unos lo veneran, lo adoran, lo ponen sobre su corazón..., y otros lo ponen solamente al alcance

de la mano. Y yo procuro ser de ésos, de los que lo aprovechan, pero no de los que lo adoran.

CRISTINA.—Tiene usted razón en todo, Dionisio, en todo, y yo no la tendría en nada si ahora recogiera esa palabra que usted me devuelve.

DIONISIO.—¿Y cuál es la razón de no recogerla?

CRISTINA.—No lo sé. Honradamente, sinceramente..., no lo sé. Pero le afirmo ya de todo corazón que el hombre a quien yo temía no se parece en nada al hombre que usted me enseña a conocer.

DIONISIO.—Mejor para mí...; pero todavía andan por nosotros las causas extrañas de gratitud, de favor..., que pueden influír en el ánimo suyo..., y hay que esperar a que se borren, porque yo pretendo que venga usted a mí sin ninguna razón más que la de venir por mí.

CRISTINA.—¿Y si eso fuera ya?

DIONISIO.—Es pronto aún para no confundirse hoy en sus propios sentimientos; pero mañana...

CRISTINA.—¿Mañana...?

DIONISIO.—Si usted cree que en un mañana valgo la pena de reanudar esta conversación, no me llame usted para hablarme...

CRISTINA.—¿Aun no todavía?

DIONISIO.—¡Llámeme usted para no ofenderse porque la estreche en mis brazos locamente!

CRISTINA.—Dionisio...

DIONISIO.—Perdón, Cristina. La adoro a usted con toda mi alma, la deseo febrilmente, ansiosa-

mente...; ¡pero usted me mandó que la ganara, y yo la quiero ganar muy bien ganada! Perdón, Cristina... *(Mutis por foro.)*

ESCENA XII

Entra LORENZO, y corre CRISTINA a abrazarle. Por foro EUGENIA, ALBERTO e IGNACIO.

EUGENIA.—¿Nos llamas?

ALBERTO.—¿Qué pasa?

LORENZO.—La casualidad—y algo más que la casualidad—me permite satisfaceros inmediatamente. Lo que a mí me pase ya, hundirme o levantarme, ser desgraciado por culpa vuestra o ser feliz a pesar vuestro, no cambia nada ni disminuye nada vuestra crueldad conmigo.

ALBERTO.—Crueles, no, don Lorenzo.

LORENZO.—Crueles, sí. Como puedo pagar, ya lo puedo decir.

EUGENIA.—No eres justo, papá...

LORENZO.—¿Contigo? Nunca me dijiste una insolencia ni una mala palabra. Nunca. Es verdad. Pero al sonar la única hora grave de tu vida, la de elegir marido, contra mi voluntad, contra mis consejos y contra mis súplicas, elegiste a quien yo rechazaba..., y me dejaste abandonado. No fué mucho, puesto que fué sin una insolencia y sin una mala palabra...

EUGENIA.—¡¡Papá!!

LORENZO.—Y ahí tienes tú legítima, Eugenia.

IGNACIO.—¿Y la mía?

LORENZO.—¿La tuya...? Voló.

IGNACIO.—¿Cómo que voló?

LORENZO.—Pagué por ti muchas trampas, muchas.

IGNACIO.—No haberlas pagado.

LORENZO.—Me decías tú que eran deudas de honor, compromisos de caballero...

IGNACIO.—Algo había que decir para ablandarte; pero ya se hubieran aguardado a la fuerza.

LORENZO.—Bien, Ignacio, bien...

IGNACIO.—Fuiste generoso... ¡Muchas gracias! Pero eso no tiene nada que ver con la herencia de mamá.

LORENZO.—No. Pongamos que no... Pero esto sí. *(Una carta.)* "Querido padre—no es verdad, pero lo dices—: No me atrevo a presentarme delante de ti, por lo incomodado que ayer te pusiste, y por eso te escribo para rogarte por Dios y por la memoria de la pobre mamá que me salves pagando las cuarenta mil pesetas... ¡que si llevan la letra falsa al Juzgado estoy perdido! ¡Por Dios, papá, que yo te juro que nunca más volveré a las andadas, *y si es preciso vender algo de lo mío, véndelo;* pero, por Dios, contesta hoy mismo que tú garantizas la deuda, para que podamos parar el golpe del Juzgado..." ¿Es tuya esta carta? ¡Responde!

IGNACIO.—Es mía.

LORENZO.—Se hipotecaron *Las Arganzuelas* y se perdieron..., ¡se perdieron! Pero pagué. ¡Responde!

IGNACIO.—Es verdad.

LORENZO.—Pagué cuarenta; debo treinta y cinco. Me debes cinco tú a mí. No puedes reclamar nada.

IGNACIO.—Bueno. Perdimos el viaje...

LORENZO.—¿Es prueba bastante, Eugenia?

EUGENIA.—Ya lo creo...

LORENZO.—¿Puede reclamar algo con esta carta, Alberto?

ALBERTO.—Nada, absolutamente nada.

LORENZO.—Ya lo oyes, Ignacio. No tienes derecho para nada. *(Rompe la carta.)* Pero ahora ya tienes derecho para todo.

IGNACIO *(Sorprendido.)*—Papá...

LORENZO.—Puedo negarme, tendría razón ante los Tribunales; pero yo, yo, no quiero tener razón legal contra mis hijos. Y ahí tienes tu legítima... ¡Tómala, tómala!

IGNACIO *(Que no se atrevía a tomarla.)*—Gracias, papá... *(Echándose en sus brazos.)*

LORENZO.—Sé que doy un motivo más para nuevas ingratitudes, pero no importa, y decía bien Isabelina: que los hijos nos tengan contraley mañana no excusa a los padres de la obligación suya para hoy.

ALBERTO.—Dispénsenos usted, don Lorenzo...

IGNACIO.—Perdona, papá...

EUGENIA.—¡¡Papá!! *(Mutis lento los tres por foro, vacilando Ignacio entre marcharse y el deseo de volver a los brazos del padre.)*

CRISTINA.—Perdónales...

LORENZO *(Que inmóvil se dejó abrazar, sonriendo amargamente.)*—Fueron egoístas, tuvieron el alma dura..., es verdad; pero no les culpo a ellos del todo, que una mala ley contra los padres por fuerza ha de ser una mala tentación para los hijos.

CRISTINA.—No es posible que se den cuenta de su acción...

LORENZO.—No, el daño que hacen y el dolor que causan no lo sabrán hasta que ellos también tengan hijos y alguno de ésos les sea ingrato.

CRISTINA *(Abrazándole.)*—Yo te compensaré de todo...

LORENZO.—Tú me consolarás...; pero compensarme no, que siempre ha de ser una amargura el que la Naturaleza y el amor, el buen amor, me dieran tres hijos, y la ley, la mala ley, de tres me quite dos...

CRISTINA *(Estrechándole con alma.)*—¡¡Papá!!

TELON

MANUEL LINARES RIVAS.

Madrid y enero, 1923.

JUICIOS DE LA PRENSA

De *A B C*:

Esta vez Linares Rivas, elevándose sobre sus habituales puntos de vista—esas deliciosas comedias de aire mundano, amables, murmuradoras y frívolas, observadas con tan sutil humorismo—, ha buscado un tema más trascendental y más hondo, un tema digno de la preocupación de un Brieux, puesto que afecta substancialmente a principios fundamentales, a la relación entre las leyes y la familia; más concretamente, a un determinado aspecto jurídico de gran importancia moral y social entre padres e hijos.

Y es el derecho de éstos a reclamar del progenitor superviviente la entrega de la legítima, de la porción de herencia que les corresponde y de la que no se puede disponer libremente.

Pero la ley, que no hace en este punto especiales distingos, ampara por igual a los hijos merecedores de esa legítima posesión que a los que, impulsados solamente por el egoísmo, no se acercaron a sus padres más que para exigirles cuentas y reclamarles fríamente su dinero.

Y esto será legal, muy legal, pero nada justo ni equitativo, clama el dramaturgo, alzándose contra el recusable y absurdo espíritu de la ley, de la mala ley, que si tiene fuerza contra los padres, es también "una mala tentación para los hijos".

El caso se extrema para su mayor eficacia en la comedia de Linares. Contra un padre, verbo de bondad, abnegado,

entrañable, se querellan sus hijos, que, lejos de llevarle en su corazón, sólo le invocaron para satisfacer, con buenas o malas artes, sus necesidades económicas, reclamándole cuando les viene en gana la porción de la herencia materna que en el inesperado momento de la solicitud le pone en apurado trance, pues ha de malvender la casuca de la aldea, el apacible retiro con tanto esfuerzo logrado, y con él, la paz de sus últimos años.

Y así ocurriría sin la afortunada intervención de aquellos que cerca de él trabajan por su felicidad.

Sucintamente esta es la comedia, una de las mejores, si no la mejor, de Linares. Su eje, más que la protesta contra la "mala ley", está en la gran fuerza tentacular del dinero.

¡El dinero! Este es el verdadero protagonista de la comedia: él todo lo llena, todo lo absorbe. Hasta cuando el amor habla, como en la bellísima y maestra escena del último acto entre Cristina, la hija buena que nunca abandonó a su padre, y Dionisio, el hombre práctico, sensato y razonador, lo hace mediatizado por el dinero, ese gran alquimista de la vida moderna.

La comedia transcurrió entre clamorosas ovaciones, que requirieron la presencia del ilustre autor durante la representación y al finalizar los actos.

Las bellezas de concepto y de forma, que son gala de la comedia, fueron subrayadas por murmullos de admiración.

En cuanto a técnica, "La mala ley" es un modelo de bien hacer.

Y junto a los estudiados caracteres de Cristina, Teodora, Lorenzo y Dionisio, en los que ha puesto Linares tanta efusión y cordialidad, ¡qué graciosa y suelta pintura la de aquellos campesinos gallegos, que son la salsa que ameniza la comedia!

La interpretación fué, más que excelente, excelentísima, y justo es reconocer que en los artistas de Lara halló Linares sus más eficaces colaboradores.

Y como no sería justo hacer menciones especiales, ya que todos rivalizaron en el acierto, escribamos los nombres de las señoras y señoritas Rodrigo, Catalá, Alba, Martínez e Illescas, y de los señores Simó Raso, Peña, Isbert, Córdoba, López Lagar, Benítez e Indarte, todos, unos en planos

superiores y otros en términos más subalternos, dieron a la comedia de Linares, admirablemente puesta por cierto, un insuperable desempeño.

Y ahora, a descansar, porque suponemos que con esta obra terminará Lara la temporada allá para Junio.—F.

De *El Mundo*:

Si algo faltaba al ilustre autor D. Manuel Linares Rivas para su glorificación definitiva, ahí tiene "Mala ley", estrenada ayer en Lara.

Ni "Cobardías", ni "La garra", ni ninguna otra comedia del propio autor han logrado alcanzar el máximum de perfeccionamiento de "Mala ley". Es difícil conseguir mayor perfección técnica ni un interés más sostenido. En todo momento escénico, cada personaje responde a un fin preconcebido, y la comedia, desde las primeras escenas, alcanza su honda y bella emoción.

Don Manuel Linares Rivas, senador del Reino, afiliado al partido conservador, realiza en el teatro, las más de las veces, una labor francamente revolucionaria.

La obra estrenada ayer es como pieza teatral una maravilla.

Escena por escena, el público fué aplaudiendo calurosamente. Los artistas de Lara han conseguido realizar una interpretación como pocas veces se ha visto.

Hace mucho tiempo que no veía el público decir una comedia como ayer la dijeron los cómicos de Lara.

El Sr. Yáñez ha encontrado un verdadero río de oro, pues la comedia durará meses y meses en el cartel.

M. E.

De *Diario Universal*:

El año teatral se había caracterizado hasta ahora por una enorme y lamentable fecundidad, que sin duda por excesiva no había dado aún ningún fruto suficientemente gustoso, y esta misma condición la tuvo en alguna época la drama-

turgia del Sr. Linares Rivas, más de una vez excesivamente débil por exceso de producción.

Afortunadamente el Sr. Linares Rivas ha cambiado de norma: produce menos, que tiene como consecuencia inmediata la de producir mejor; se ha curado, consecutivamente también, de su tendencia a convertirlo todo en diálogo ingenioso, y así ha conseguido que ayer el público de Lara acogiera la comedia titulada "La mala ley" como la mejor, indudablemente, entre las estrenadas en la temporada actual.

Este resultado feliz le ha conseguido el Sr. Linares Rivas merced a su dominio de la técnica teatral, a su arte de dramaturgo, que le ha permitido, iniciando su obra con un pensamiento a la antigua usanza, con una "tesis", hacer una obra que, a pesar de todo, bien puede pasar por una obra que podría encajar perfectamente en las normas de lo que convinimos en llamar teatro de ideas. Los caracteres de los personajes y su acción en la obra tienen, efectivamente, la naturalidad bastante para que no aparezcan, como en el teatro de tesis, de que tanto abominamos en su época, solía ocurrir, como personajes meramente artificiales hechos a la medida para llegar a una demostración sistemática.

El hecho mismo de que con ocasión de la nueva obra del Sr. Linares Rivas trajeran ayer a cuento algunos comentaristas "El rey Lear" nada menos, es suficientemente expresivo del acierto del dramaturgo, que seguramente no se ha propuesto emular a Shakespeare, pero que bien puede haber acertado a pintar un vicio eterno de la Humanidad: la ingratitud de los hijos en la medida en que la sociedad actual nos la muestra y señalando una de sus causas, o por lo menos, uno de sus excitantes.

Sería llevar demasiado lejos la teoría, que no hemos de discutir ahora, del arte por el arte, para negar al dramaturgo derecho a hacer labor social. La misión que los clásicos asignaron al teatro y que han considerado igualmente necesario los modernos, no fué sólo el cultivo exclusivo de la belleza.

En "La mala ley" hay caracteres perfectamente reales, y lo son también casi todas las situaciones. Si a eso se une el interés de la acción y el interés del diálogo, sin

inútiles alamares de ingenio, pero suficientemente ingenioso y muy valiente, se comprenderá por qué gustó la obra y por qué fué aplaudida con tanto calor.

También contribuyó a ello muy eficazmente la interpretación magistral por parte de todos, y lo que es más interesante, en conjunto, y en que, sin embargo, lograron destacarse las señoritas Catalá, Rodrigo, Alba e Illescas y los señores Peña y Simó Raso.

ALEJANDRO MIQUIS.

De *El Imparcial*:

Alejado algún tiempo de Lara, vuelve Linares Rivas a la escena de muchos de sus triunfos con un nuevo éxito.

"La mala ley" fué recibida ayer por el público de la "bombonera" con entusiasmo clamoroso. Y según noticias de última hora, igual acogida obtuvo en Valencia, Barcelona, Málaga y Peñaranda de Bracamonte, donde la obra se estrenó al mismo tiempo que aquí.

Tuvo, pues, Linares Rivas, cinco éxitos a la vez con "La mala ley", que así repetidamente contrastada, se ha aceptado en todas partes como de buena ley.

Aficionado el insigne autor de "La garra" a llevar al teatro problemas y tesis de actualidad, plantea ahora la injusticia que encierra la vigente ley de herencia, favorable a los hijos con perjuicio del progenitor superviviente.

Adúcese para la demostración el caso de Don Lorenzo, a quien sus descendientes directos, huérfanos de madre, llegados a la mayor edad, exigen la entrega de la legítima, sin consideración a las dificultades económicas por que atraviesa, a causa de quebrantos y contratiempos en su fortuna, independientes de su honrada y buena voluntad.

De entregar la legítima, hipotecando y malvendiendo lo que le resta, Don Lorenzo se quedará arruinado, en la mayor miseria.

Los hijos, egoístas y descastados, no ceden, y el pobre señor, que los crió con cariño y regalo, se halla, "mutatis mutandi", víctima, como el rey Lear, de la más negra y despiadada ingratitud. Sólo le consuela su hija Cristina, cordelia fiel y abnegada, llena de amor y de piedad filial,

que será, al fin y al cabo, y para el desenlace dramático bellamente optimista, la que conjure el peligro con ayuda de la noble protección de Dionisio, muchacho enamorado de Cristina, inteligente y generoso, que espera ganarla por su constancia y su lealtad y no comprarla por su dinero.

Tal es, en somero extracto, el tema de "La mala ley", que en otras manos que no fuesen las del experto e ingeniosísimo Linares Rivas quedaría reducido a la aridez de una proposición parlamentaria de reforma del Código civil.

Pero nuestro celebrado dramaturgo de "Cobardías", tan ducho en el arte de escribir comedias, con ese "savoir faire" que le distingue, ha logrado revestir la materia jurídica con el interés y la amenidad teatrales, despertando la emoción en lo patético—de que son escenas magistrales las dos de Cristina y Dionisio—y suscitando el regocijo con su humorismo peculiar, a ratos hondo y filosófico y siempre hiriente, irónico o satírico.

Todo esto y los tipos al margen, que completan y ornamentan la arquitectura dramática, tan hábil y eficazmente pergeñada, no puede menos de llegar, y llega, en efecto, al conjunto del público, que ve, oye, siente y ríe la comedia desde el principio al fin.

¿Qué decir de la interpretación que no suene a innecesario y a superfluo? Si en Lara hubiese cómicos malos, diríamos que hasta los malos parecían buenos.

Pero como no los hay, cada cual respondió cumplidamente a su misión, y por su categoría en el reparto se destacaron las señoras Rodrigo (ideal Cristina), Catalá, Alba (la inmensa Leocadia) e Illescas, con los señores Simó Raso, Peña (superior en la calidad a la cantidad de su personaje), Isbert (intachable) y Córdoba.

Aplausos y llamadas sancionaron repetidamente el gran éxito para todos, comediantes y comediógrafo.

JOSÉ DE LASERNA.

De *Informaciones*:

EL ARTE DE DISCURRIR EN EL TEATRO

Linares Rivas es uno de los autores que no olvidamos. Cuando transcurre un año sin que hayamos visto en la escena una obra del ilustre creador de "María Victoria",

preguntamos por él con cierta inquietud. Y es que la falta de escritores en el teatro trae a nosotros cada día el temor de que los pocos que nos quedan se cansen de escribir o se nos vayan a América, como Benavente.

Ayer asistimos en Lara al estreno de una comedia de Linares Rivas. Se titula "La mala ley" y es una nueva manifestación del arte de discurrir en el teatro. Problema: la ingratitud de los hijos. La acción, en una casa solariega de Galicia. Caracteres: un padre sublime que se arruina, hipoteca y vende para satisfacer la ambición desmedida de unos hijos canallas; la hija menor, suma de ternuras y de sacrificios, espíritu superior, mujer complicada, pero mujer al fin; un hombre rico, joven, enamorado, que no desdeña el dinero, pero que camina por el mundo al compás de las audacias de su corazón generoso; el consabido administrador medio ladrón, la criada vieja y fiel, los personajes complementarios de la idea fundamental de la comedia... Todos hablan bien, todos nos cuentan algo interesante; aprendemos en ellos, hasta en las cazurronerías de los criados. En realidad, el asunto no es nuevo ni sorprendente. Pero ¿qué falta hace que lo sea, si Linares Rivas sabe encender una hoguera dramática en cada diálogo?

Linares Rivas adopta un asunto; es decir, una idea. Las entradas y salidas de los personajes le interesan menos de lo que puedan decir. El ambiente, menos todavía que las entradas y salidas de los personajes. Escribe, escribe; recorta maravillosamente el diálogo; da un interés extraordinario a la conversación. Ni por un momento se apodera de nosotros la fatiga. Dos actores nada más nos entretienen durante medio acto. Es un sistema. Bernard Saw no ha creído nunca aburrir al público con el diálogo. Bernstein, tampoco. Cuando los autores temen cansar al auditorio es que no tienen fe en la galanura de su estilo, y por eso acuden a los complejos procedimientos del efectismo escénico, sosteniendo que el teatro es acción y la literatura un elemento de segundo foro.

"La mala ley" es un modelo como obra razonadora y artística. El público, atento, fervoroso desde el principio, obligó al autor a salir hasta durante la representación, sis-

tema que hemos condenado repetidas veces, pero que hay que disculpar en las funciones de estreno. Al final de cada acto se exteriorizó el entusiasmo.

ARTURO MORI.

De *La Acción*:

... Y ahora tenemos que hablar bien, con estricta justicia, de "La mala ley". El Sr. Linares Rivas se nos muestra en esta obra como un habilísimo constructor, al cual sonle familiares los más útiles y difíciles resortes de la emoción. Nada tan sencillo, y al mismo tiempo tan interesante, como la fábula urdida por el autor en esta primorosa comedia. El ingenio, la sátira, el "humor" fino, acerado y gracioso de Linares Rivas traza gentilísimos arabescos a través del diálogo, pleno de matices, tornasoles y botonazos de florete. Con frecuencia los aplausos unánimes de la asamblea interrumpían una escena en homenaje a un epigrama feliz, a una observación aguda, a una sentencia crítica. Y las lágrimas y la risa, en ágil y encantado consorcio, enseñoreábanse con fuerza de la sensibilidad del público, con la cual jugueteaba a su capricho el autor, mago fascinador de la elegante muchedumbre.

El triunfo obtenido anoche por el Sr. Linares Rivas es uno de los más grandes que le ha deparado su afortunada carrera de comediógrafo. Las ovaciones, cerradas, unánimes, clamorosas, obligáronle a presentarse en el palco escénico numerosas veces, entre vítores delirantes.

ALBERTO MARÍN ALCALDE.

OBRAS DE MANUEL LINARES RIVAS

EN TRES O MAS ACTOS

Aire de fuera, estrenada en el teatro Español (3.ª edición.)

María Victoria, estrenada en el teatro Español. (3.ª edición.)

La estirpe de Júpiter, estrenada en el teatro de Novedades, de Barcelona.

La divina palabra, estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.)

Añoranzas, estrenada en el teatro Español.

El caballero Lobo, estrenada en el teatro Español (2.ª edición.)

La fuente amarga, estrenada en el teatro de la Princesa.

La raza, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)

Lady Godiva, estrenada en el teatro Español.

Doña Desdenes, estrenada en el teatro de la Princesa. (3.ª edición.)

El Cardenal (en colaboración con D. Federico Reparaz), estrenada en el teatro Infanta Isabel.

La fuerza del mal, estrenada en el teatro de la Princesa.

La espuma del champagne, estrenada en el teatro de Eslava.

Toninadas, estrenada en el teatro Español.

Las zarzas del camino, estrenada en el teatro Lara.

El conde de Valmoreda (inspirado en una idea de Tolstoi), estrenada en el teatro Odeón.

La casa de la Troya (arreglo escénico de la novela de Pérez Lugín), estrenada en el teatro de la Comedia. (2.ª edición.)

Frente a la vida, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

Almas brujas, estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid.

Como Dios nos hizo..., estrenada en el teatro del Centro, de Madrid.

La mala ley..., estrenada en el teatro Lara, de Madrid.

EN DOS ACTOS

El abolengo, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

La cizaña, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición. Agotada.)

El ídolo, en tres actos y refundida en dos, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

El mismo amor, estrenada en el teatro Lara.

Nido de águilas, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

El buen demonio, estrenada en el teatro Lara.

Flor de los pazos, estrenada en el teatro Lara. (2.ª edición.)

Camino adelante, estrenada en el teatro Cervantes.

Como buitres, estrenada en el teatro Cervantes.

La garra, estrenada en el teatro de la Princesa. (Agotada.)

Fantasmas, estrenada en el teatro Lara.

Como hormigas, estrenada en el teatro Lara.

En cuerpo y alma, estrenada en el teatro Infanta Isabel.

Cobardías (9.ª edición), estrenada en el teatro Lara.

Cristobalón, estrenada en el teatro Nacional, de la Habana, y Lara, de Madrid.

Lo pasado, o concluído o guardado, estrenada en el teatro del Rey Alfonso, de Madrid.

EN UN ACTO

Porque sí, estrenada en el teatro Español. (2.ª edición.)

Porque sí, estrenada en el teatro Español.

Lo posible, estrenada en el teatro Lara.

En cuarto creciente, estrenada en el teatro Lara. (3.ª edición.)

Cuando ellas quieren, estrenada en el Salón Regio.

Lo que engaña la verdad, estrenada en el teatro Español.

Clavito, estrenada en el teatro Cervantes.

La razón de la sinrazón, estrenada en el teatro de la Comedia.

El señor Sócrates, estrenada en el teatro Lara.

El milagro, estrenada en el teatro Lara.

Cada uno a lo suyo, estrenada en el teatro Lara.

Una cosita que se les olvidaba, estrenada en el teatro de la Comedia.

ZARZUELAS

La viuda alegre (en colaboración con D. Federico Reparaz), música de Franz Lehar, estrenada en el teatro Price.

La fragua de Vulcano, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Cuando ellas quieren, música de Calleja, estrenada en el teatro Cómico.

La magia de la vida, música de Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

Sangre roja, música de Vives, estrenada en el teatro de Apolo.

Santos e Meigas, música de Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

OBRAS COMPLETAS

Publicadas por BIBLIOTECA HISPANIA *en preciosos tomos con cubiertas de pergamino.*

Tomo I.—*La cizaña* (dos actos).—*Aires de fuera* (tres actos).—*Porque sí* (un acto).

Tomo II.—*El abolendo* (dos actos).—*María Victoria* (tres actos).—*Lo posible* (un acto).

Tomo III.—*La estirpe de Júpiter* (cuatro actos).—*Cuando ellas quieren* (un acto).—*En cuarto creciente* (un acto).

Tomo IV.—*La divina palabra* (tres actos).—*Bodas de plata* (dos actos).

Tomo V.—*Añoranzas* (tres actos).—*El ídolo* (dos actos).—*Clavito* (un acto).

Tomo VI.—*La raza* (tres actos).—*Flor de los pazos* (dos actos).

Tomo VII.—*Doña Desdenes* (tres actos).—*El caballero Lobo* (tres actos).

Tomo VIII.—*La fuente amarga* (tres actos).—*El mismo amor* (dos actos).

Tomo IX.—*Nido de águilas* (dos actos).—*Camino adelante* (dos actos).

Tomo X.—*La fuerza del mal* (tres actos).—*Como buitres* (dos actos).

Tomo XI.—*La espuma del champagne* (tres actos).—*La garra* (dos actos).

Tomo XII.—*Las zarzas del camino* (tres actos).—*Fantasmas* (dos actos).

Tomo XIII.—*El conde de Valmoreda* (tres actos). *Como hormigas* (dos actos).

Tomo XIV.—*El buen demonio* (dos actos).—*Lady Godiva* (cuatro actos).

Tomo XV.—*La casa de la Troya* (cuatro actos).—*El milagro* (un acto).

EN PRENSA

Tomo XVI.—*El Cardenal* (cuatro actos).—*El señor Sócrates* (un acto).

185867
LS.
L7356m

Author Linares Rivas, Manuel

Title La mala ley.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU